

Colección Ariel

AÑO XI — VOL. III

SUMARIO

- LLOYD GEORGE La canción de la victoria
ROMULO TOVAR Don Mauro Fernández
HORACIO..... Epístola XX del Lib. I. (Trad.
de Eloy G. González)
A. GUILLEN ZELAYA..... El oro
RICHARD MIDDLETON... La tiranía de la fealdad
ANGEL DE CAMPO..... ¡Pobre viejo!
A. GOMEZ RESTREPO.... Anotaciones
EUGENIO DE CASTRO... Poesías. (Traducciones de
Miguel Pelayo.)
A. MAGARIÑOS C..... Hombre contra hombre

C u d e r n o 89

San José, Costa Rica, Febrero 15 de 1917

Imprenta Greñas

Cuaderno 89

NOV. 1916

La Canción de la Victoria

El Eisteddfod

En el Principado de Gales se da el nombre de Eisteddfod a la reunión de poetas y de músicos, celebrada allí anualmente, con el fin de estimular el culto de la poesía y de la música, y también con el propósito de mantener vivas las tradiciones y las costumbres nacionales. En tiempos remotos se discernían honores a los vencedores, y la distinción así alcanzada abría a los trovadores las puertas de los castillos de príncipes y nobles. Hay noticia de que esta fiesta—muy semejante a la de los Fuegos Florales, cuya institución en Tolosa, a fines del siglo IV, atribuye la leyenda a Doña Clemencia Isaura—fue celebrada durante los reinados de Eduardo III, Enrique VI, Enrique VIII, y la reina Elisa.

A partir de esta última época, la fiesta se suspendió por espacio de dos siglos, pero se la restableció en 1798.

Como es costumbre, el torneo artístico se celebró este año con gran solemnidad, a pesar de que algunos escritores ingleses opinaron que era inoportuno celebrarlo en momentos en que los horrores de la guerra llevan a casi todos los hogares la desolación y el luto.

Mr. Lloyd George, digno hijo de Gales, y amante como ninguno de las tradiciones y de las glorias de su suelo nativo, honró con su presencia el festival y pronunció un bellissimo discurso del cual copiamos los siguientes apartes:

“¿Por qué no cantar durante la guerra? ¿Por qué no cantar, especialmente en estos momentos?”

“Las sombras del desaliento no han invadido todavía, — ni hay peligro de que ello ocurra— los espíritus británicos. El honor de Britania no ha muerto; su poderío no se ha roto; su misión no ha sido llenada todavía, sus enemigos no han logrado causar que-

branto alguno en sus ideales. Exuberante de vida, más potente, más grande que lo fuera antes, sus dominios son hoy más vastos, más profunda su influencia, más firmes que nunca sus propósitos.

“¿Por qué no hubieran de cantar sus hijos? Sé muy bien que la guerra implica sufrimiento; no olvido que la guerra es causa de desolación. Un manto de tristeza ha caído sobre muchos hogares, pero la Providencia ha querido que el más dulce cantor entre las aves de la Gran Bretaña module su canción en medio de la noche; y, de acuerdo con la leyenda, ese canto expresa el triunfo sobre el dolor. No hay ruiseñores de este lado del Severn. La providencia rara vez prodiga sus dones. En Gales no necesitamos de ese cantor admirable. Tenemos algo mejor. Existe un ave en nuestros campos que puede competir con el mejor de los ruiseñores; le llamamos “Y Cymro”, y canta en la alegría, canta en la tristeza, canta en la prosperidad y también en la adversidad. Canta cuando está ociosa, canta cuando trabaja; canta al sol y canta en medio de la tem-

festad. ¿Por qué no hubiera de cantar en medio de la guerra, si canta en el día y canta también en la noche?

“Estas montañas han sido teatro de centenares de luchas; pero ninguna de ellas ha acallado todavía el arpa de Gales, y me sentiría orgulloso si pudiera contribuir en algo a mantener afinado el legendario instrumento, durante la guerra, con la celebración de este festival. Nuestros soldados cantan las canciones de Gales en las trincheras, y celebran en pequeño el Eisteddfod en ellas. No hay uno solo entre ellos que no se hubiera entristecido si hubieramos suprimido el festival durante la guerra. A nuestros compatriotas les agrada saber que mientras ellos mantienen en alto el honor de Gales en los campos de batalla de Europa, Asia y Africa, nosotros hacemos acá todo lo posible por conservar vivas todas las instituciones educadoras—literarias, musicales y religiosas—que han hecho de Gales lo que es y lo que significa para ellos. Ellos quieren que el fuego sagrado arda sin cesar en las aras nacionales a fin de encontrarlo vivo al volver de la con-

tienda, ornadas sus frentes con los laureles de la victoria.

“Por eso he sido de opinión de que se celebre esta fiesta musical y literaria en estos momentos de lucha. Tengo, sin embargo, otra razón para considerar que el Eisteddfod debe seguirse celebrando durante la guerra. Cuando este pavoroso conflicto concluya, soplará una ráfaga de materialismo por todo el país. Entonces se pensará únicamente en la producción, y en la maquinaria que ella demanda. Es verdad que soy partidario de una gran producción, y que he hecho cuanto ha estado en mi mano para perfeccionar la maquinaria con ese fin. Mas no es eso todo. No hay nada más fatal para un pueblo que la reducción de sus miras a la satisfacción de las necesidades materiales del momento. Los ideales nacionales, en que el sentimiento no figura para nada, son como cardos que crecen en el yermo. Después de la guerra tendremos necesidad de mejores talleres; pero necesitaremos más que nunca de instituciones que eleven las miras populares por encima y mucho más allá del taller

y del negocio. Tendremos necesidad entonces de que las tradiciones nacionales nos recuerden que no solamente de pan vive el hombre.

“Cantemos a la tierra en que nacieron tantos héroes! La tempestad ruge con furia implacable, mas ya alcanzamos a divisar un rayo de sol que se quiebra sobre las olas. ¿Por qué no habremos de cantar?”

(El Marconigrama. Londres.)

D. Mauro Fernández (*)

De don Mauro poseen Uds. un nombre claro; nosotros, además de esto, poseemos una imagen del hombre. Le conocimos en formas modestas de su vida, le vimos muchas veces pasar a lo largo de las calles de su ciudad y logramos también contemplarle en algunos de aquellos instantes en que, por los hechos que realizaba, este ciudadano adquiriría los títulos por los cuales él ha llegado a hacerse digno de nuestra admiración y a constituir a su vez un ejemplo para muchos, particularmente para los jóvenes.

No es del todo indiferente para nosotros formarnos una idea de cómo era físicamente el hombre a quien en alguna forma rendimos homenaje, y es natural que busquemos su retrato o su busto, porque nos parece que así, las hazañas realizadas por ellos, como que adquieren

(*) Palabras dichas a los alumnos de la Escuela Normal el 22 de noviembre pasado.

un valor más hondo de realidad, se trata de palabras, de ideas, o de obras ejecutadas con las manos.

Quien sabe si este deseo por ver al hombre que hizo este libro o este puente o dijo un bello pensar, lo heredamos de los pueblos que han concebido una profunda relación entre la obra del espíritu y el busto del varón que a ésta dió aliento y que casi formularon como ley la de que lo bello íntimo se manifiesta en bellas formas. Quizá los testimonios no sean del todo numerosos para confirmar el principio, pero cuando se nos enseña a Goethe, sentimos que tenían razón los antiguos hombres, y en general, casi siempre sorprendemos cierto encanto en la estatua del hombre dedicado a los bellos trabajos del alma, estos le proyectan alguna misteriosa claridad que los ennoblece y hasta santifica.

Don Mauro, tal como le conocimos nosotros, era un anciano de mediana estatura y todos sus rasgos concurrían a hacer de él casi un tipo caballeresco. Amplio era su busto, de correctas líneas, de cierta delicadeza que no amenguaba su varonil presencia. Sus movimientos fáciles y armónicos: amaba el ritmo en todo,

lo había adquirido en su cultura musical y se servía de él en los salones como en la tribuna, entre los suyos como entre los extraños. Sus cabellos eran blancos, su semblante pálido, de una sugestiva palidez de mármol; sus ojos no muy grandes, de brillante y poderosa mirada; los detalles de su semblante acusaban un carácter sin asperezas, mas, lleno de voluntad y de firmeza; tenía una expresión de singular dignidad, de majestad y de poder. Su voz suave, melodiosa, poseía tonos para todos los sentimientos y para todas las expresiones. La mayor parte de sus retratos le dan un aire de pensador, hundido en laboriosas meditaciones; quizá haya sido elegida tal actitud por él: buscaba siempre aquello que daba respeto a su persona, y como todo hombre de cierta naturaleza y del mismo temple que el suyo, rechazaba aquellas formas que no estuvieran en armonía con el respeto debido al individuo. A pesar de esa actitud un tanto impuesta, brota de los ojos de algunos de sus retratos una suave luz apenas perceptible que era la de su ternura inmensa cuando tenía cerca de sí a los pequeños y a los humildes. Sus maneras fueron corteses y hasta ceremo-

niosas. De jóven era muy agraciado; su contextura fué un poco débil, tenía su frente la misma palidez del hombre de estudio y de meditación, su cabello negro y sedoso, su temperamento inquieto: persona de costumbres sanas, cuidadoso de sí en extremo grado, social y atento con naturalidad y soltura.

El retrato que está aquí en este salón representa a don Mauro preparándose para pronunciar un discurso: observad qué actitud de hombre, qué dominio de sí mismo grita el más simple de sus gestos, qué elegancia hay en el orador; dentro de poco nos figuramos que comenzará su discurso en voz clara y serena, y seguirá así hasta el fin como un maestro que hace ejecutar una obra musical: habrá momentos de exaltación, de pronto se escucharán palabras de fuego, combativas y enérgicas; muchos al oírle perderán el equilibrio, pero él, así que ha desatado el rayo, sonreirá apaciblemente y continuará hablando en tono suave y amable. En esto estaba su fuerza, en ese control casi absoluto con que él se Gobernaba a sí mismo; había querido ser bello sin vanidad, para darle a su espíritu una residencia digna y lo consiguió al cabo

de tal modo que en su vejez parecía un joven dotado de bellas gracias.

El llamaba al cuerpo la bestia; quería que se la educara; él logró refrenarla hábilmente y es en este sentido que os lo presento—al daros noticia de su aspecto físico—como un ejemplo de disciplina no sólo en las cosas del alma sino en los intereses del cuerpo.

Oh! pero en lo de cultivar el espíritu, sí que fué un maestro. Perteneció a una generación de modestos recursos para su cultura y sin embargo se dijera que por él hablaba una tradición larga de civilización mental, pero no podríamos engañarnos: todo lo que él fué lo debió a sí mismo. No quiero ser injusto pasando por encima del recuerdo de su noble madre, a quién él creía deberle su preciosa fortuna. Efectivamente esa bella mujer comprendió lo que había en su hijo y estuvo siempre a su lado cuidando de su destino: la fuerza que había en él y el culto a su madre le dieron el secreto de su vida, y fué grande porque en estas dos cosas él fué un devoto leal y ferviente.

Para decir cómo era su devoción para con su madre, él repetía las palabras del insigne italiano: "Aquí abajo, nada sus-

tituye a una buena madre. A élla le debo lo que tengo y lo que soy; me parece que ella todavía vigila mis actos, por eso, siempre antes de emprender alguna buena obra me pregunto: ¿le gustará esto a mi madre?"

Su educación es casi cabal; conoció varias lenguas extranjeras, penetró en los secretos de la música, era un lector asiduo de la bella y eterna literatura, viajó a la manera de los antiguos, con el afán de buscar en los pueblos sabios los misterios de la sabiduría; escribía con elegancia, hablaba con donaire, hizo discursos que honran al país y cuando pensaba en altas ideas parecía un viejo filósofo de una poderosa raza.

Y todo esto es él, él y siempre él. Por eso encuentro sentido a esta celebración, porque no la supongo un mero homenaje a un hombre, sino el recuerdo palpitante de un espíritu que en su modesto vivir, por querer ser ilustre y con voluntad para ello, lo consiguió sin quejas. Me encanta el ejemplo y espero que lo greis comprenderlo. Es uno mismo el único capaz de realizar en forma viva el tesoro de que le haya dotado la providencia. Os invito a pensar en cómo este

hombre amaba la posesión de lenguas extranjeras y cómo a la par de esto él embelleció la suya propia al extremo de ser acaso el más eminente de nuestros oradores. Y os invito a ello, porque comprendéis muy lentamente que la posesión de un idioma no es solo un mero instrumento para comunicarse los hombres los pequeños intereses de su vida ordinaria, sino una de las más altas formas de la cultura humana. La biblioteca de este hombre era ilustre. Lo mejor que ha producido el pensamiento en este mundo estaba allí y pasó bajo sus ojos y entró en su corazón. Ha leído mucho y su universalidad y modernidad en el pensar le viene de esas fuentes sagradas, pero sus lecturas las ha hecho en inglés, en el inglés de Macaulay, en el inglés de Carlyle, las ha hecho en francés, en el francés de Víctor Hugo y de Renán.

Y a la par de este afán, el de la armonía: el canto le seduce como a los viejos filósofos, pero fijaos que la música tiene en él un sentido sagrado, fué una fuerza educadora y creyó en ella y hemos de creer como él aquellos para quienes no es extraño que la música es el modo de comunicarse los dioses y los hombres.

Y luego filosofaba: su maestro es la naturaleza, era un racionalista que amaba al sol, fecundador de la tierra. Y pasó él cerca de nosotros lleno de la ilusión optimista de que el mal es transitorio.

El fué político y como político puede ser juzgado por los hombres con juicio vario y discorde; pero fuera de la palestra en donde los hombres juegan sus ambiciones y sus pasiones, en la santidad del hogar, en la conversación filosófica, en la cátedra, al lado de los jóvenes, don Mauro será visto como un maestro elegante y gracioso de las bellas y ennoblecedoras ideas.

Mirad su frente clara y pensad en una misteriosa y mágica lámpara árabe. Muchos secretos se revelarán a nosotros por la luz suave que surge de élla, secretos de nuestra vida social pero más hondos misterios de nuestro ser íntimo. El fué el maestro de su espíritu y de su hombre y es un digno y honesto ejemplo.

ROMULO TOVAR

Epístola XX del libro I de Horacio

Para la simple lectura de la antigüedad clásica, es indispensable asesorarse con prioridad de algunas informaciones relativas a la historia, a las fábulas y al estado político y social del tiempo; a menos de conformarse con entender a medias, o con no entender a veces, ni la escritura ni el espíritu, dígase, la actitud elegante y la fuerza intensa de aquellos reales constructores del pensamiento occidental. Conviene luego,—para una sistematización de lecturas que dejen un provecho permanente, en el cual es gobierno de mucha salud y ventaja la disciplina,—comenzar por las obras históricas y de costumbres, para continuar con las de legislación y filosofía, reservando para remate toda la obra poética. Es de primaria importancia un repaso sintético de los conocimientos que podrían dominarse de arte o mecánicos, ya adquiridos sobre ambas sintaxis y métrica latinas. Por pro-

pia experiencia aconsejo este método a los escritores que comienzan, como de una muy segura eficacia, de un íntimo deleite espiritual y muy rápido eliminador de gran porción de las dificultades de la lectura original y de las mayores de la traslación al castellano. Tácito, Livio y César son una excelente iniciación.

Horacio era hijo de un liberto de Apulia, que vivía de una propiedad y un empleo bastante modestos; pero tanto su padre como el de Virgilio, que nació de otro pequeño propietario de los alrededores de Mantua, hicieron inmensos sacrificios para que sus hijos, a semejanza de los del orden patricio y ecuestre, adquiriesen los conocimientos que en su tiempo transmitían los maestros de Cremona, Milán, Nápoles, Roma y Atenas. Ambos llegaron a poseer la prestigiosa originalidad de hacer *versos antiguos sobre pensamientos nuevos*: precisamente, en la Epístola que de inmediato precede a la que abajo traducimos, Horacio dice a Mecenas:

“Yo fui el primero que estampó sus huellas sobre tierra virgen. Mis pies no se posaron sobre rastro ajeno. Quien tiene fe en sí mismo, guía a los demás y vuela a la cabeza del enjambre. Los yambos de Paros,

fuí yo quien los hizo conocer al Lacio. Seguí la medida y el ánimo de Arquíloco, no su áspera cólera que a Licambo fué funesta. Empero, no arranqueis ni una hoja a mi laurel porque haya temido cambiar el ritmo y el arte de sus cármenes. Templa en mi musa el metro de Arquíloco la de Safo varonil, y la de Alceo; pero desaparecen el asunto y el orden."

En la Epístola XX, que Horacio consagra a su libro, invoca a Vertumno y a Jano, cuyas estatuas se hallaban en la plaza de los librereros. Figura que el libro está impaciente por llegar a manos de los Sosías, que eran dos famosos librereros de Roma, que en la expresión latina forma todo el segundo verso:

Scilicet ut prostes Sosiorum *pumice mundus.*

Porque la piedra pómez se empleaba para pulir el pergamino en el cual se escribían los libros.

El cómputo de la fecha del Consulado de Lépido, a que se refiere la Epístola, da el año 733 de Roma.

Hé aquí la traducción:

Suspiras por Vertumno y por Jano, libro mío. Te consumes en deseos de aparecer mag.

níficamente vestido por la mano de los Sosías. Odias los cerrojos, gratos al púdico sigilo. Gimes en la obscuridad y buscas la luz. Cuánto cambio, ¡oh! dioses. Vé, pues, adonde te llama tu impaciencia; pero una vez fué, no esperes volver. — ¿Qué es lo que he hecho, desgraciado? ¿Qué fué lo que quise? exclamarás, cuando sientas alguna punzada cáustica. Y ya sabes lo que se hace con un libro, cuando el hastío sucede a la pasión saciada del lector.

— Si el justo enfadó de tu futura suerte no me ofusca, serás delicia de Roma mientras conserves un aire de juventud. Pero cuando la mano del vulgo te haya ensuciado con su contacto ultrajante, te espera una paz inerte, taciturna, o te relegará a Utica, o acaso te verá sirviendo de envoltorio hasta Lérida. Y yo, de quien desdeñaste consejos, reiré como el tonto de la fábula, cuando exasperado de cólera precipitó por un barranco a su asno testarudo. ¿Cómo salvar a un insensato que se obstina en perecer?

Te espera otra gloria: ir a enmohecerte, en un arrabal extraviado, en manos de algún dómine decrepito que les farfulle la gramática a los granujas

Cuando un cálido rayo de sol te concierte un numeroso auditorio, dirás de mí que, nacido de un liberto sin fortuna, osé desplegar fué

del patrio nido, alas ambiciosas (). Que en ello pierdo en nobleza cuanto gano en mérito. Agregarás que he sabido aplacer a cuanto hay en Roma de más ilustre en la toga y en la espada, me pintarás un hombrecillo de cuerpo exiguo, precano, grande amigo del sol, rápido ea la cólera, también pronto en aplacarse. Si por acaso te preguntaren mi edad, dirás que conté cuatro veces diez inviernos el año en que Lolio fué colega de Lépido.*

ELOY G. GONZALEZ.

Caracas, setiembre de 1916.

(*La Revista*. Caracas)

(*) En ninguna lengua romance es fácil darle a este período la elegancia y la armonía que tiene en el verso latino:

*Quum tibi sol tepidus plures admoveris aures,
Me libertino natum patre, et in tenui ve
Majores pennas nido extendisse loqueris.*

.....

El oro

A Ricardo Arenales.

*Mató el oro en los hombres la comunión nativa
y dividió la tierra y pervirtió el cariño,
la palabra de Cristo no es posible que viva,
sólo pudo vivir cuando el mundo era niño.*

*Hoy acúñanse discos para sembrar el hambre,
antaño no existía ni la ingenua permuta
ni las cercas de piedra ni las redes de alambre,
que por todos los campos era libre la fruta.*

*Eran libres las aguas, la caza, la llanura;
como no había dueños, jamás hubo ladrones:
la vida era de paz, de amor y de dulzura,
las gentes eran buenas como las bendiciones.*

*Jamás alzóse el párpado para ver la miseria,
ni lloraron los niños de frío en las nevadas:
el mundo fué aquel tiempo la generosa arteria
que dió al hombre la gracia de las cosas ansiadas.*

*¡Oh los atardeceres de la frescura antigua,
envueltos en el alma de los ritos lejanos,*

*cuando todos bajaban a la fuente contigua
a beber el agua en el hueco de las manos!*

*¡Oh sol de aquellos siglos que sólo hubiste auroras,
no para enviar al sureo las legiones de obreros
sino para que diése la bondad de tus horas
esperanza a la vida por campos y senderos!*

*Así en albas y en tardes por collados y montes,
caminos y llanadas, en hermandad y ovejas,
fué vuestra planta libre dilatando horizontes
bajo el alegre cielo, dichosas gentes viejas. . . .*

*¡Qué moral más hermosa que esta moral primera
de vivir para todos y con todos ser uno!
Los hombres no mcrían en luchas de frontera
porque la tierra estaba sin valladar ninguno!*

*Mas, Señor de los Buenos, vuestros dones son idos:
venimos condenados a vivir sin fortuna
todos los que hemos hecho nuestros propios vestidos
con oro de los astros y plata de la luna!*

ALFONSO GUILLEN ZELAYA.

(*Helios. Tegucigalpa*)

La tiranía de la fealdad

(Traducido del inglés.)

CUANDO el joven despierta por primera vez al sentido de la belleza y el valor de la vida, es natural que se sienta vencido por la fealdad de la herencia que sus antecesores le obligan a recibir. Descubre en esta civilización, en cuyo plan no intervino, una tiranía contra la cual cree imposible hacer resistencia; un dogma que, según se le dice, todos aceptan como verdad, excepto los inútiles; una ley, cuya violación le lanzaría, fuera de toda redención, entre los criminales o los locos. Acaso ocurra que, en la primera alegría del descubrimiento de la belleza, piense que su vida y la vida de cualquier hombre debieran dedicarse a cultivar un sentido más agudo de lo bello; piense, digámoslo en forma concreta, que cuidar y amar las rosas en el jardín de una casa campestre es mejor que ser el rey de una fábrica de paraguas: pero ésta, la más breve de las ilusiones de la juventud, quedará destruí-

da bajo la que aparece como primera ley de la vida civilizada: el hombre sólo puede ganarse la vida fabricando fealdad.

Quizás en su amargura el hombre se vuelva a pedir consuelo a esos profetas y filósofos de última hora, cuya sabiduría pudiera resolver un problema para él insoluble y por encima de toda esperanza; pero es seguro que sufrirá una decepción. Por una parte, hallará a los hombres prudentes del día imaginando planes para la mejor administración e inspección de las fábricas de paraguas, a fin de alcanzar el bien público; por otra parte, hallará a los mejores suspirando por las delicadas rosas de la Edad Media o probando, con paradojas ingeniosas, que los ojos sagaces pueden descubrir la Edad Media, aún hoy, en las callejuelas de Balham. Porque nuestros profetas y nuestros filósofos olvidan que fueron jóvenes, y, con los años que pasan, su mundo ideal se ha convertido en una especie de plácido asilo de pordioseros, libre de ruidos y corrientes de aire, lugar donde los ancianos y los enfermos pueden sentarse con tranquilidad y proyectar pequeñas revoluciones sobre buenas bases de ideas conservadoras, sin ninguna de las discordantes notas de risa o di-

sensión anejas a la sangre del joven. Y así, el joven se vuelve hacia los poetas, y encuentra el consuelo que le cabe con saber que otros han sentido y sienten como él, y que otros se han preguntado si la mejor parte de la vida del hombre debe consumirse en arrasar la naturaleza y sustituirla con horribles masas de ladrillo y acero; en ayudar a la manufactura de cosas necesarias que en realidad no lo son; en repetir estúpidamente los feos crímenes de ayer para aniquilar el espíritu de sus hijos y de los hijos de sus hijos.

Bien es verdad que podría decirse que este amor del joven por la belleza es cosa enfermiza y poco natural, consecuencia de una educación equivocada y rebelde; porque la civilización, con astucia un tanto innoble, se resguarda contra las traiciones posibles de sus hijos, obligando a que se les enseñen sólo aquellas cosas que les llevarán a servirla de buen grado. Innecesario recordar que el peligroso espíritu revolucionario que ama las cosas bellas no recibe estímulo en nuestras escuelas nacionales. A los niños se les enseña a cortar las flores en pedazos y dar a los fragmentos nombres curiosos, pero no se les invita a amarlas por su belleza. Aprenden a dibujar

el mapa de la línea de ferrocarril desde Fishguard hasta Londres, y hablan con soltura de exportaciones e importaciones, pero nada saben sobre las bellezas naturales de los lugares que mencionan, ni siquiera sobre los timbres de la ciudad en que viven. Sus labios pronuncian fechas, cáscaras secas de la historia, pero no tienen idea de la espléndida procesión de los reinos pasados y las razas muertas. Ni en nuestra vida pública —que más bien pudiera llamarse nuestra muerte pública,—se revela mayor cuidado por la salud espiritual de los padres que por la de los hijos.

Desoyendo la voz de los artistas, los hombres ignorantes, incultos, a quienes la sola ambición ha llevado a los puestos de responsabilidad, afearán el aspecto de una calle por deseo de unas cuantas piezas de plata, y por temor de que gastar el dinero del público en embellecer a Londres les haga perder sus cargos en las elecciones próximas, ya que los honrados electores han aprendido demasiado bien su lección de fealdad. Los periódicos baratos, únicos leídos por todo el pueblo, buscan la fealdad y la extienden con la habilidad que nace del entusiasmo, y aun aquellos periódicos que parecen ser leídos por las clases

más acomodadas no creen vergonzoso llenar cinco columnas con la narración de un asesinato bestial y reducir el discurso de un grande hombre de letras, a cinco líneas.

¿Dónde, pues, ha de buscar el jóven la belleza en la vida de hoy? Sólo en la literatura, y sólo en ella, porque escribir un libro no basta para hacer de éste una contribución a la literatura si no es al mismo tiempo expresión de aquella belleza de la vida que es, a pesar de nuestros gobernantes, eterna. Porque hay buen número de libros feos, y hay multitud de escritores mediocres que lo acrecientan; pero nuestros críticos, cuando son honrados, pueden hacer inútiles tales esfuerzos; y aunque estallan gritos en el campo de la fealdad cuando uno de esos críticos pronuncia la palabra de sinceridad, la palabra queda dicha, y el libro desaparece rumbo a las bibliotecas de los mediocres. Pero nuestros críticos deben ser honrados.

RICHARD MIDDLETON

(Se suicidó en Bélgica en 1911.)

(De *El Universal*. México)

¡Pobre viejo!

Ni duda, aquella era la casa; lo encontré todo igual. El tiempo, es verdad, la había hecho más triste. Porque estaban manchadas las paredes con las huellas de la lluvia, y el musgo dibujaba en ellas siluetas verdinegras: el santo de cantera, el roto macetón en la azotea, el balcón mohoso, la entrada angosta ¡todo lo mismo! Solo que en el ventanillo no se veía la jaula del loro locuaz, ni aquellos tiestos de geranio y rosa de castilla.... ¡Con qué emoción leí aquel rótulo que en fondo negro y letras blancas casi borradas, decía: "Colegio para niños"....

Subí la escalera de mampostería, Como siempre, ardía en el descanso la lamparilla frente a la Virgen de Guadalupe....

Asomó tras el portón verde, no la muchacha harapienta, la *pelona* famosa, sino una viejecilla enjuta.... En el silencio de la casa, en el aire discreto de la criada, en todo, adiviné lo que había pasado.... ¿El señor Quiroz? pregunté.

—Esta mañana a las tres, me respondió con aire compungido la vieja, llevándose el delantal a los ojos.... pase usted....

El señor Quiroz había muerto! Aquel hombre intachable, cuyo recuerdo apenas vive en tantos que, como yo, mucho le debieron.... ¡solo! ni uno de sus discípulos lo acompañaba en aquella pieza desmantelada que conocía tan bien: el mobiliario miserable de aquella sala pobre; las consolas sin pie; el sofá de cerda; el estante de libros viejos; la esfera terrestre; aquel diploma pegado a la pared.... ¡junto a un Mapa-Mundi; la *mesa revuelta* que le regalamos de cuelga el año de 70, llena de firmas infantiles y borroneadas en medio de la pieza, el catre de hierro, y sobre sus tablas desnudas, un cadáver vestido de luto; un pañuelo cubría su cara, y a los lados dos grandes cirios que ardían. ¡Era el Maestro de primeras letras! Con respeto y temor lo descubrí. ¡Cómo había envejecido! ¡Qué aspecto tan desconsolador en aquellas líneas modeladas por la muerte!.... ¡Qué elocuente aquella soledad silenciosa, donde antes todo era bullicio!.... Pobre amigo, yo lo acompañaría. Y me senté en el viejo sofá de cerda y me puse a pensar en el pasado!....

¿Te acuerdas? Aquellas mañanas cuando oía la voz de mi madre que me gritaba: ¡van a dar las ocho! Aquel mal humor con que me levantaba, aquellas cóleras diarias contra la criada que me restregaba con demasiada fuerza el *zacate* y el jabón al lavarme el pescuezo, la brusquedad con que pasaba el cepillo por los cabellos aún rubios;

el desayuno apurado de prisa, y aquel desconsuelo al tomar la bolsa deshecha, donde dormían la pizarra, el libro de Mantilla y el padre Ripalda.... ¡Las ocho! Era hora; llorando todavía, llegaba al colegio; la criada me veía subir desde el zaguán, mientras le gritaba antes de tirar del grasiento cordón de la campanilla: ¡Ven a las doce en punto! y entraba.

No puedo olvidar aquella pieza.... aquel techo lleno de pelotas de papel mascado; las paredes con letreros y manchadas de tinta morada, negra y roja; los mapas polvorientos; las muestras de dibujo; el sistema métrico-decimal; el Corazón de Jesús, al frente, sobre un reloj siempre parado....

La plataforma pintada de negro y encima la mesa del señor Quiroz; el tintero representando un ciervo; la regla, las *planas* en orden; los libros formando pilas.... las dos hileras de bancas y mesas con sus tinteros de plomo; sus candados en las tapas de las papeleras, y tantas letras grabadas con navaja en la madera de los muebles.... Me parece volver a aquellos tiempos, siento el aire fresco de aquellas mañanas, el olor del ladrillo recién regado, el sol entrando por el balcón abierto; el señor Quiroz golpeando la mesa con la regla y gritando: "¡Pepito López, a su lugar!" para seguir rayando concienzudamente el papel..... Juanito Llamas borraba cifras arit-

méticas en el pizarrón; Miguel Vilches, oculto por la tapa de la papelería, mordía un cuerno de rosca; tras el antifaz de los catecismos platicaban Mejía y Méndez: leía en voz alta Zamudio y Pepito López, inquietísimo, se deslizaba hipócritamente a lo largo de la banca (siempre era esa su disculpa) para pedir un lápiz a Marticorena o a mí, que con la vista vaga seguía el vuelo de las moscas que aprisionaba Orozco y pegaba con cera a soldados de papel.

¡ Ah, época inolvidable! No se cuidaba uno ni del día ni del mes, sino para saber, porque todos los juegos tienen su temporada, cuándo se debía jugar a las canicas, cuándo al balero, cuándo concluía el reinado del trompo y comenzaba el de los huesos de chavacano, el *piso* y el *burro*.... Sin más temor que el de ser sorprendidos en *ia fraganti* conversación, en desiguales cambalaches de pizarrines y caramelos o en el mayor crimen, fumando, pálidos de espanto, tras la puerta del común, el primer cigarro de *monzón* robado a la ama de llaves!

—¡ Pepito, media hora de castigo!

—¡ Señor, si no he hecho nada!

—Sí, señor; está usted distraído a Orozco; media hora!

—No, señor (*jirimiquiando*) ¡ a la otra!

—A su lugar! (*reglazo*)

Y después de estos diálogos, el Sr. Quiroz

seguía rayando papel, hasta que alguno alzaba el brazo y enseñando dos dedos, pedía permiso para *hacer de las aguas*.

—¡Está ocupado! Aquel era el gran pretexto; ir a tomar agua o a cumplir alguna función fisiológica de grande importancia. En aquellas escapadas se mordía el pedazo de pan, resto del desayuno; se contaban las canicas, y, sobre todo, se estaba fuera de aquella pieza estrecha, de aquellas durísimas bancas, donde colgaban los pies: se lavaban las manos llenas de tinta, frotando los dedos en el ladrillo del lavadero.... y haciendo repetir al perico aquella mala palabra que sabía y todos oían con una punzante curiosidad, y se repetía en voz baja, muy baja, porque si el Sr. Quiroz la oía *¡al cachote!* aquel cuarto húmedo y obscuro, lleno de sillas rotas, tinas desfondadas y ropa sucia; donde paseaban las ratas del tamaño de un conejo. Había alacranes y mestizos, que acobardaban a los más valientes; era preferible dar cien líneas del Urcuyo, estar media hora hincado y en cruz, hasta recibir la orden de que no le dieran dulce y fruta en su casa, a entrar a aquella pieza que olía a ropa sucia y a humedad.

¿Cuántas cosas habría en el bufete del Sr. Quiroz? Dicen que ahí guardaba todo lo que les quitaba a los niños; muchas canicas, membrillos mordidos, pedazos de charamusca, soldados de plomo, juguetes de madera, pinturas, caramelos,

baleros, trompos; la teja de plomo que servía para jugar al piso, pliegos de papel de colores para forrar libros y tapizar los cajones, armellas, ¡qué sé yo! era un tesoro.

¡Qué tristes aquellas tardes cuando estaba uno en lista con dos o tres rayitas: cada una era media hora. Todos se iban a jugar al patio y uno se quedaba solo. Gritaba la criada:—¡Por el niño Mendoza!—Hasta las seis, respondía muy serio el Sr. Quiroz. No valían ruegos, no valían pretextos. ¡Es la última, señor! Ya no lo vuelvo a hacer! Nada, era inflexible!

¿Qué decir en casa, al llegar? ¿Cómo resistir aquella pregunta “¿Por qué viene usted tan tarde?” Y aquella comparación humillante de “ya vez a tu primo Félix, pues nunca lo castigan”. ¿Cómo presentar los sábados aquella plana donde se repetían cinco veces las palabras Venecia, Valladolid, Valencia, o aquella máxima escrita con bella letra inglesa: “el estudio es fuente de riqueza”, que uno copiaba con caracteres que parecían patas de mosca o como aseguraba el Sr. Quiroz, hechos con popotes? ¿Cómo mostrar aquella calificación: Conducta, Mal.... Aplicación, Mal.... Aseo, Bien, escrita al dorso? ¿Cómo coser los pantalones hechos pedazos, el saco lleno de gis, la camisa de tinta, las medias de ladrillo? ¿Cómo curar los moretones sacados en aquellos lances de honor que se ventilaban a las cinco, en un rin-

cón de la azotehuela? Graves preocupaciones de la edad imposibles de resolver a los siete años.

Para nosotros, el Sr. Quiroz era un inquisidor; ¿por qué nos daba *garnuchos* en las orejas? ¡Cómo se enfullinaba cuando alguno se le paraba de *gallito*! ¡Pobre viejo! alguna vez me pregunté, ¿por qué será tan pálido y tan flaco? Más tarde lo he sabido, más tarde he resuelto aquel enigma. Ya sé por qué llevaba siempre aquel saco café lleno de manchas, aquel chaleco gris, aquel pantalón de casimir del país con grandes rodilleras: sé por qué se ponía pensativo al reflexionar en el mañana, y por qué está pálido y flaco un hombre que no tiene dinero, a quien matan lentamente las privaciones, a quien consume el cerebro el repetir año tras año ¿que es gramática?, escribir día tras día el mismo ejemplo de sumar quebrados, resistir el eterno dos por dos cuatro, dos por tres seis; levantarse con el alba, sufrir malas respuestas y cargos de papás descontentos.

Esa es la vida. ¿Por qué el inventor no tiene bustos de bronce que lo inmortalicen, retratos y biografías en los periódicos ilustrados?

¿Por qué el mercader es grande y el sembrador se olvida?

¿Por qué sólo se alaba el encaje de piedra que corona las hermosas cornisas y no hay una mención para el cimiento?

Es un amigo de los primeros años; descifra

ese jeroglífico encerrado en las páginas de un silabario, esa frase milagrosa que al pronunciarla se abren los inmensos horizontes desconocidos de la vida; da la clave para arrancar al libro su riqueza; arroja en el alma ese primer germen que diferencia al estúpido del hombre social, y sin embargo, es para todos un pobre viejo retrógrado, porque a fuerza de enseñar ya nada puede aprender, un bilioso que castiga sin justicia, a quien se le paga una vil mensualidad, y ¡hasta luego!

¿Pobre Sr. Quiroz! ¡Muerto!

¿Qué se habían hecho aquellos compañeros de colegio? ¿Por qué no había venido uno solo a recoger la última mirada dulce, dulce como la tenía el día de la comunión general y de la repartición de premios? ¡Era bueno, sí; el día que acabé el libro de Mantilla y dejé el colegio; cuando yo usaba pantalón corto, no lo olvido, me regaló una estampa con un San Luis Gonzaga, y conmovido, llorando, se despidió diciéndome: "que logre verte hecho un licenciado".... y entró con los ojos húmedos a explicar los denominados por partes alícuotas!

No puede ser malo el que muerto tiene cara de santo.... no; me arrepentía de mis malos pensamientos de niño: la gratitud, una gratitud inmensa brotaba a mi labio.... ¿Para qué besar aquella frente? Era demasiado tarde.

¡ Pobre viejo, como le decían los vecinos! ya descansa; y me alejé con una tristeza profunda mientras un grupo de niños salía festivo del zaguán, niños que reían contentos como la mañana porque.... ¡ no había Colegio!

ANGEL DE CAMPO

(*Cultura. México.*)

63. -

Anotaciones

Hay en Colombia un movimiento literario de consideración, y conviene estudiar su dirección y sus tendencias, para deducir de este análisis cuáles sean los ideales que aspira a realizar la generación presente, y si ellos corresponden a las exigencias de la época y a las condiciones de nuestro pueblo. Contamos con personalidades eminentes, que honrarían a cualquier país de nuestra raza, pero no se ha averiguado si ellas son postreros representantes de una tradición gloriosa o impulsores de nuevas corrientes artísticas. Hay cierta indecisión en el espectáculo que presentan nuestras letras, reflejo quizá de la incertidumbre que se nota en el horizonte intelectual de los más adelantados países del mundo.

Hay en nuestra literatura ciertos períodos que presentan rasgos característicos inconfundibles: tales son, por ejemplo, el que tuvo por centro a la célebre Expedición Botánica de Mutis, y se distingue por el cultivo de la literatura científica; el del romanticismo, que dió al país algunos de sus más grandes poetas; el de reacción realista, caracterizado por la afición a los cuadros de costumbres y a la poesía

festiva y popular; el de inspiración académica y gusto español que puede personificarse en la egregia figura de Miguel Antonio Caro y que influyó hasta en los escritores menos amigos de la tradición, pues si fueron elegantísimos y correctos estilistas Cuervo y Ortiz, Arboleda y Caicedo Rojas, no les fueron en zaga Núñez, Santiago Pérez, Becerra y Felipe Zapata, y, finalmente, el de decadentismo, que abandonó las huellas luminosas de la generación anterior y se lanzó por el camino de las novedades más o menos justificadas y felices. Ese movimiento pasó; y hoy no hay una dirección clara y definida; una influencia poderosa que encauce las energías dispersas y aúne las voluntades en la realización de un ideal común.

¿Cuál debería ser éste? Difícil dar una respuesta categórica, que revelaría en quien la formulara sin atenuaciones, mucho de vanidosa presunción. Habría, además, que distinguir entre los distintos géneros literarios, y tomar en consideración las lecciones que puedan ofrecernos otros países de nuestras mismas condiciones étnicas y sociales. De una manera general podría declararse que, dadas las circunstancias en que hoy se encuentra nuestra Nación y el desarrollo que ha alcanzado, la literatura debe tender a desenvolver la mayor suma de elementos espirituales de los que caracterizan, de modo especial, al pueblo colombiano y poner de relieve los rasgos originales de su fisonomía. Hoy se discute mucho la te-

sis de si es posible o no que las Repúblicas hispanoamericanas tengan una literatura verdaderamente nacional; materia complicada en que es preciso hacer algunas distinciones. Si se quiere dar a entender una literatura que no tenga relación con la española, la tesis es absurda, pues mientras hablemos castellano y vivamos en comunión espiritual con el alma de la raza, nuestro arte será fundamentalmente español aun cuando pueda y deba presentar variedades que lo distinguan y le den carácter propio y personalidad digna de tenerse en cuenta. En este camino, se puede llegar a devolver a la Madre Patria la influencia inicial de ella recibida, por medio de reacciones oportunas y enérgicas. Ahí está el caso de Rubén Darío que, aun cuando era un espíritu francés, no pretendió emanciparse de la tradición castiza; y de este modo, después de haber ido por primera vez a España en busca de consagración para su genio, volvió luego a la península como maestro de una nueva generación literaria.

Podemos y debemos aspirar a que la poesía lírica y la épica o narrativa celebren a nuestros héroes, canten nuestras tradiciones, describan los primores de la naturaleza en esta zona privilegiada, y den expresión enérgica y perdurable a los rasgos peculiares de nuestro pueblo. Aun en la manifestación poética de los estados de alma mas íntimos, cabe originalidad de país a país. Críticos europeos han no-

tado que la poesía erótica del Brasil se distingue por la expresión ardiente y sensual de la pasión, de la de los otros pueblos latinos, y manifiesta bien la índole de la raza que habita ese gran país de luz y de fuego. La poesía descriptiva brasileña, aun tratada por escritores de gusto clásico, es tan original como los paisajes fantásticos que la inspiran. Nosotros tenemos antecedentes dignos de memoria y de imitación, y no puede olvidarse que el gran Menéndez y Pelayo dijo hablando del poema sobre el maíz de Gutiérrez González, que si la poesía colombiana tuviera muchas obras como esa, sería la más original de la América española. Y en cuanto a poetas de escuela clásica, como Ortiz, conviene observar que este gran lírico nunca es tan virgiliano como cuando traza con elegancia y precisión de líneas cuadros de la naturaleza andina. Y Caro, el traductor de Virgilio, tal vez bebió en ciertos pasajes de la Eneida, patéticos y grandiosos al par, esa inspiración solemne que halla la fórmula eterna para expresar los grandes sentimientos humanos y da a cada estrofa de la oda *A la estatua del Libertador* el relieve y la perennidad del bronce.

Pudiéramos multiplicar las citas para comprobar que nuestros grandes poetas, ya se hayan inspirado en la antigüedad o en la literatura española, ya en la poesía italiana, francesa o inglesa, han perpetuado en versos magníficos algo propio y expresivo de la tierra

natal y han sido no sólo poetas nacidos en Colombia sino poetas *colombianos*. Si tuviéramos autoridad para dar consejos, recomendaríamos a la generación nueva que procurara empeñosamente ponerse en comunicación directa con las obras de esos grandes maestros para restaurar la cadena de la tradición nacional, rota por el desdén soberbio de quienes creyeron que antes de la aparición del modernismo no había nada digno de leerse en Colombia (1).

El teatro, que ha sido hasta ahora rama más débil que la lírica, presenta, desde sus orígenes, la doble tendencia erudita y nacional, producto la primera de imitación literaria, en cuanto a la forma escogida por nuestros poetas, que fué la de la tragedia pseudo-clásica, y fruto, la segunda, de chispeante observación de las costumbres. Ahí están, por un lado, *Atala* y *Sugamuxi*, y del otro, el sainete de *Las convulsiones*, única reliquia sobreviviente de toda aquella literatura. Esa misma doble corriente se manifiesta hacia mediados del pasado siglo, con obras tan desemejantes

(1) Los buenos poetas de hoy, aun los de tendencia más francesa, han tratado temas americanos, y se formarían un precioso ramillete con piezas como el *Canto a Popayán*, de Valencia; *Tropical*, de Arciniégas; *Selva*, de Diego Uribe; *El Magdalena*, de Grillo; *Recuerdo de fiestas*, de Casas, y numerosas piezas de Flores, Gómez Jaime, Cornelio Hispano, José Eustasio Rivera, etc. Es de notar-se que José Asunción Silva, el más parisiense de nuestros poetas, es el que tiene en sus versos un más grato perfume bogotano. (N. del A.)

como el *Jacobo Molay* y *El Castillo de Berkeley*, ensayos juveniles de don Santiago Pérez, y las comedias de don José María Samper, v. gr., *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna*.

Hoy se nota entre nosotros un activo movimiento teatral, sostenido principalmente por un grupo de jóvenes, inteligentes y decididos, que han consagrado todas sus energías a lograr que el germen, que durante un siglo apenas se había desarrollado, adquiriera vigor y se cubra de flores. Ese grupo, digno de todo estímulo y aplauso, ha llegado a tiempo, y sus esfuerzos se han encaminado en la dirección de la moderna y brillantísima escuela española contemporánea. Es indudable que el teatro es hoy, en España, uno de los géneros que se cultivan con éxito más lisonjero. El gran maestro Benavente, los hermanos Alvarez Quintero, Linares Rivas, Martínez Sierra, los catalanes Rusiñol e Iglesias y otros varios ingenios, han creado un teatro profundamente distinto del grandioso pero falso de Echegaray; más sencillo que éste, más humano, que no exige para sus piezas lances tremebundos, y se contenta con asuntos tomados de la vida diaria. Antes no se hubiera creído que podía mantenerse suspenso al público durante la representación de una pieza en que no pasa casi nada, que apenas tiene trama y cuyo interés estriba en haber sabido dar ambiente artístico a escenas tomadas de la

humilde realidad y en haber tocado hábilmente fibras muy delicadas del sentimiento. En otro tiempo se decía aquí que el teatro no prosperaba porque no había en nuestra sociedad incipiente y poco complicada temas dramáticos, y esto es explicable porque entonces se consideraba que no había drama, donde no hubiese una terrible crisis pasional o un asunto romántico y legendario. Señalado otro camino más llano por los citados maestros, es más fácil para nuestros ingenios hallar materia dramática en la uniformidad algo gris de nuestra vida social: no plantearán tesis tan hondas ni presentarán conflictos tan tremendos como Dumas o Bernstein; más harán vívidos traslados de escenas y de lances de que todos hemos podido ser testigos, pero que sólo el artista logra revestir de interés y de poesía. Gran mérito es saber sorprender y analizar un instante, por rápido que sea, de la vida; un fragmento, por modesta que sea su apariencia, de la realidad! Así como el microscopio agranda y precisa los más pequeños objetos y anima e intensifica a nuestros ojos los movimientos vitales de corpúsculos invisibles, el arte, haciendo uso de su poderoso lente, realza lo pequeño, dignifica lo insignificante y halla el interés humano, la lucha dramática, que están latentes en un hecho aparentemente vulgar e incoloro, en una crónica de policía, en una anéctoda periodística. Durante muchos años sólo de tarde en tarde

subía a la escena una pieza nacional: ahora, en pocos meses, hemos visto representar, por autores dignos de este nombre y con grande aplauso, las obras de Valenzuela, Rivas y Lorenzana; triunfos que, unidos a los que obtuvo no ha mucho Alvarez Lleras, y a los que probablemente alcanzarán con otras piezas, estos mismos autores y Restrepo Gómez, Castello, Gómez Corena, Martínez Rivas, etc., permiten esperar, para plazo no muy lejano, la formación de un teatro nacional. Ni sería bien que el drama poético desapareciera, por lo cual vemos con gusto que al lado de las manifestaciones ya citadas, de ejecución realista, aparezcan las creaciones ideales que con la musa juvenil de Angel María Céspedes deslumbra nuestra fantasía y halaga blandamente el oído.

La novela tiene pocos pero ilustres antecedentes en Colombia, ya en la forma idílica de la *María*, ya en la narración realista ensayada, desde 1866, por don Eugenio Díaz, en *La Manuela*, y por los insignes costumbristas de la época del *Mosaico*, a quienes debemos algunas de las mejores páginas de la literatura nacional. Modernamente en Antioquia ha lucido una escuela de novelistas regionales, entre los cuales sobresale Tomás Carrasquilla, cuyos *Frutos de mi tierra* fueron celebrados por Perera. Esos escritores han demostrado que lo regional, bien entendido, puede dar tema a obras que sean aplaudidas fuera

del estrecho círculo del lugar o de la provincia. *Pax*, producción del ingenio bogotano, no podía tener ese carácter, porque aquí no existe el regionalismo, pero sí es obra de costumbres nacionales, vistas por uno de sus aspectos más dramáticos y también menos amables: por el lado de las luchas políticas y de las convulsiones civiles. *Pax*, por gran parte de su contenido, es obra de significación hispanoamericana, aplicable a la mayor parte de nuestras repúblicas; y no obstante los lunares de estilo y lenguaje que le señaló una crítica doctísima y a pesar de sus irregularidades de composición, es de lo más original y al propio tiempo de lo más castizo que tenemos. El éxito envidiable obtenido por Carrasquilla y por Marroquín convida a los jóvenes a explotar el no infecundo venero de la novela de costumbres; pintando "tipos y paisajes"; aldeanos de nuestras sabanas, trajinantes de nuestros caminos, habitantes de las montañas y de los páramos, placeras y negociantes, y, por otro lado, caballeros y damas, políticos y hacendados, comerciantes y banqueros, poetas y periodistas, todo, en fin, cuanto bulle y se agita en el seno de esta sociedad, tan arraigada, por ciertos aspectos, a lo pasado, y ya tan influida por nuevos elementos, que están operando en ella una gran transformación. Páginas muy hermosas de este género tiene la novela de Clímaco Soto Borda, *Diana la cazadora*. Dichosa la

pluma que acierte a perpetuar algunos rasgos típicos que aún guardan, como ejecutorias del tiempo viejo, nuestras ciudades; algunas fisonomías que no hemos de volver a ver; ciertas costumbres en que se percibe el olor de incienso de la Colonia o el perfume de las rosas de los tiempos de Bolívar; la tradición, en una palabra, a que todo pueblo civilizado debe rendir cariñoso y reverente culto! Lean nuestros jóvenes las páginas embalsamadas de Caicedo Rojas, que deberían ser populares, si hubiera aquí, de verdad, gusto literario; y sigan por ese camino que conduce a la gloria.

Hay antecedentes que obligan por ser honrosos para una nación. No es indiferente que naciera en Bogotá Rufino José Cuervo, uno de los más ilustres filólogos de la raza española; ni que aquí hayan dado sus enseñanzas Caro y González Manrique, Uricoechea y Suárez. Con justicia pudo decirse que la doctrina de Bello había tenido mejores intérpretes en Colombia que en Venezuela y en Chile: ahí están las obras gramaticales de Marroquín e Isaza, Guzmán y Marulanda y otros muchos. Esta propaganda dió sus frutos y de ahí la fama de corrección de que han gozado los escritores colombianos. Hoy podría darse esa tradición filológica por olvidada, si no viéramos publicaciones como *La llave del griego* del P. Félix Restrepo, autor también de un precioso tratado de semántica, y si no se estuviera formando, bajo una disciplina

verdaderamente científica, Manuel José Casas, nieto de González Manrique, el cual promete ser un prodigio como lingüista (1). En América hay muchos sabios que se ocupan en estas materias, especialmente en lo relacionado con las lenguas indígenas y los provincialismos; y se publican trabajos como la obra monumental *Diccionario de chilenismos* del doctor Román. Es preciso que no se quede atrás el país que se honra con aquel libro de oro titulado *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

Con placer anotamos que los estudios históricos tienen hoy grande atractivo para la juventud. La Academia Nacional de Historia es un centro benemérito de la patria, y sus trabajos son cada día de mayor valor. Hay allí veteranos que tienen en su haber obras de alto mérito, como Restrepo Tirado, Ibáñez, Posada, León Gómez, Henao y Arrubla; y fuera de ellos, unos cuantos jóvenes que estudian y trabajan con patriotismo, inteligencia y decisión. Allí están Luis Augusto Cuervo y Nicolás García Zamudio; José María Restrepo y Fabio Lozano y Lozano, Cortázar, Durán y Villaveces, etc., y descollando, en puesto preeminente, Raimundo Rivas, uno de los más vigorosos talentos y de los trabajadores más afor-

(1) El ilustrado sacerdote doctor Héctor Hernández acaba de publicar un precioso y útilísimo libro titulado *El latín enseñado como lengua viva*. (N. del A.)

tunados de la generación juvenil. Conocen ellos los modernos métodos que sigue la historia en los pueblos cultos; se han formado en una severa disciplina; en el estudio de nuestros pocos explorados archivos; se han encariñado con la época de la guerra magna, con las grandes figuras de la antigua Colombia; y saben que la verdadera historia, para distinguirse de los trabajos del puro analista, requiere el auxilio del arte literario. Quienes se han educado en el estudio de las magnas obras de Taine y de Sorel, de Houssaye y de Vandal, no ignoran que fueron hechas sobre los sólidos cimientos de una investigación minuciosa y de primera mano, que dió consistencia a tan elegantes y vastas construcciones. La escrupulosidad del erudito en nada perjudica a la labor del artista. Es de esperarse que la activa elaboración que hoy se advierte dé al fin por resultado, no solamente monografías y estudios aislados, sino una obra fundamental, digna de ponerse al lado de las de Baralt, González Suárez, Alamán y Barros Arana. Con graves dificultades tropieza el que quiera consagrarse aquí a la realización de una obra de grande empeño: en ninguna parte el investigador tiene que ejecutar por sí solo mayor cantidad de trabajos preliminares, empezando por orientarse en el dedalo de los archivos; y la lucha por la vida urge a los más de nuestros historiógrafos, es torba la continuidad de sus labores y distrae

su mente a ocupaciones de carácter práctico. Pero estos obstáculos hacen más meritorio el esfuerzo y harán más brillante el triunfo: hay que vencer! debe ser la enseña de nuestra juventud estudiosa.

De grande utilidad sería una crítica autorizada, que sirviera de estímulo y de freno, y que, estableciendo oportunas comparaciones, diera a la producción nacional la importancia que realmente tenga, sin entusiasmos pueriles ni desalentadores desdenes. Pero la crítica no puede ejercerse por inspiración espontánea, ni debe limitarse al estrecho círculo de lo presente: necesita un criterio histórico que la fundamente, y que evite la exageración con que suelen estimarse por los espíritus impresionables las exhibiciones de la moda. De aquí los errores de apreciación de que han sido víctimas los que queriendo prescindir sistemáticamente de lo pasado, se han cerrado toda perspectiva y han convertido en gigantes a ídolos del día, cuyas dimensiones reducirá mucho la posteridad. No negamos que es difícil y escasa esa crítica de doble faz, que estudia con amor lo que fué y explora con ojo avizor lo que va trayendo el paso renovador del tiempo; pero no hay otra que sea digna de ese magisterio. Es la que ejerció Brunetière, idólatra de la literatura clásica del gran siglo francés y benévolo apreciador de ciertas manifestaciones del simbolismo; la que cultivó Valera, espíritu educado en el más alto helenismo y encomiador del

Azul de Rubén Darío, cuando éste apenas iniciaba su carrera. Aquí se necesita entrar en comunicación estrecha con la juventud, darse cuenta de sus tendencias y aspiraciones, impulsarlas por camino amplio y seguro; y aplaudir sin reserva todo esfuerzo bien encaminado, toda manifestación auténtica de talento, reprimiendo con severidad inexorable todo movimiento de envidia. Porque hay que decir la verdad: la envidia es vicio que estereliza aquí muchas buenas disposiciones; y que desgraciadamente se manifiesta aun en personalidades que tienen méritos bastantes para lucir por sí solas, sin temor a la competencia de otros rivales. Parece como si la obra que un joven ejecuta significara un robo hecho a la riqueza por otros acumulada; y hay quien se goza con el fracaso de nobles aspiraciones; con las dificultades que encuentra el que da los primeros y trabajosos pasos por la senda del arte, con los sarcasmos y los epigramas que suelen ser único premio de arduas y desinteresadas labores. No proceden así las almas verdaderamente superiores: ellas están prontas a prodigar el estímulo y el aplauso. Tal fué la conducta de nuestros grandes maestros de otra época, tal es la de los hombres ilustres que aún nos quedan. Pero como el germen del vicio existe, conviene exhibirlo en su repugnante fealdad, para su corrección y enmienda.

Es peligroso tratar de ejercer de profetas;

pero tal vez no se equivoque quien prediga que esta horrenda conmoción de la guerra europea, que ha llevado a su grado máximo de desarrollo todas las energías, hará desaparecer esa literatura nebulosa, incoherente y enfermiza, de que tanto se abusó en Francia y por remedo de Francia en todas partes; y que uno de los mejores periodistas de ese país, Arturo Meyer, consideraba, en artículo publicado en el *Gaulois* a los comienzos de la guerra, como fruto natural del desastre del setenta, que de tan seria manera conmovió el espíritu francés. Parece imposible que después de esta guerra, en que están en lucha los intereses vitales de las más ilustres nacionalidades, la literatura y el arte no se impregnen más profundamente del jugo nacional, no arraiguen, de modo más firme, en la tradición que les ha dado su secular grandeza y majestad; y no aspiren a realizar, en vez de concepciones herméticas, cuya llave solo poseen pequeños cenáculos de iniciados, un ideal más grande y más humano que eduque y vigorice al pueblo e infunda sangre nueva en sus venas. De manera análoga la literatura colombiana debe aspirar a realizar una obra verdaderamente nacional, que sin desligarse de las influencias europeas, exprese el alma de este pueblo y las aspiraciones de la raza. Estamos en un momento solemne en que Colombia tiene la obligación de afirmar enérgicamente ante el mundo su personalidad, de realizar la unión estrecha de todos sus ele-

mentos para hacer frente al embate de fuerzas extrañas y conquistar, de manera definitiva, el puesto que le corresponde en el mundo americano. En todos los campos de la actividad intelectual, en la poesía y en la novela, en la historia y en el teatro, en la oratoria y en las ciencias políticas, cabe expresar las modalidades del genio patrio, sin que las obras dejen de llevar impreso el sello de la mente que las concibió, del artista que les dió forma. Esa literatura, para expresar el alma colombiana, debe unir, en alianza estrecha, la tendencia tradicional religiosa y ese espíritu de curiosidad científica y de libertad intelectual que aparece aquí desde los tiempos de Caldas y Nariño; el respeto a la herencia española y castiza y el amor a la independencia política y a la autonomía de criterio, en cuanto atañe al interés nacional. Estamos, con relación a España, como ésta lo estuvo respecto de Roma: Viriato resistió a la dominación extranjera, pero la literatura latina fué enriquecida por los Sénecas y Lucanos; igualmente, nuestros próceres lucharon contra la dominación política de España; pero Bello y Baralt, Caro y Cuervo y muchos más han contribuído eficazmente al embellecimiento y al esplendor de la lengua y la literatura castellanas.

Hoy mismo nuestra contribución no es despreciable, pues no son muchos los países americanos que puedan citar, entre otros nom-

bres ilustres, los de un escritor clásico como Marco Fidel Suárez, de un pensador como Rafael M. Carrasquilla, de un poeta como Guillermo Valencia, de un publicista internacional como Santiago Pérez Triana, de un conocedor profundo de las literaturas extranjeras como Sanín Cano, de oradores como Cortés Lee, Concha y Esguerra; además de muchos hombres de ciencia, varios de ellos de gran renombre, pero cuyos estudios no pueden ser juzgados por pluma profana como la nuestra. Finalmente, nuestro periodismo, si bien es cierto que tiene menos radio de acción y menos elementos que el de otras Repúblicas, forma un cuerpo respetable por el número y la calidad de sus escritores; y sin lisonja puede decirse que nuestras revistas no desmerecen de las mejor servidas de América, que la prensa diaria está escrita con una corrección desusada en estos países y con frecuencia publica artículos de la más elegante factura literaria.

Los buenos elementos que existen y cuya importancia nos hemos complacido en reconocer, adquirirían mayor eficacia si el público les prestara activa cooperación, dando más fuerte resonancia a las manifestaciones de la literatura y el arte, como ocurre en los países donde la labor intelectual halla la debida recompensa. No puede negarse que aquí los escritores suelen vivir en desesperante monólogo y que las más felices iniciati-

vas quedan "sin resultado, porque el público no corresponde a ellas, ya sea con sus aplausos, ya con sus atinadas observaciones. Uno de los mayores placeres para el pensador o para el artista consiste en que sus ideas y concepciones vayan a iluminar otros cerebros, a hacer palpitar otros corazones, a fecundar gérmenes que quizá sin este influjo habrían permanecido inertes. La voz que clama en el desierto al cabo se debilita y se extingue. No se trata del provecho material que en otros países premia con generosidad soberana los éxitos intelectuales: aquí nadie ha pensado en vivir de su pluma, y menos que nadie los poetas. Se trata de algo más noble y elevado, más digno de los antecedentes de este país; esto es, de que el escritor halle abiertas las puertas de la comprensión y de la simpatía; que se estime la dignidad de su esfuerzo, y tenga la satisfacción de comprobar que su nombre no es un eco vano, pues sus compatriotas, si no lo han recompensado, por lo menos lo han entendido. Y para los espíritus altos, con esto basta...

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

640 -

Poesías de Eugenio de Castro

VILLANCICO

*Cuando iban a la India naves,
si eran cien las que zarpaban,
veinte, apenas, regresaban*

*Al regresar, opulentas,
con gemas, orós y platas,
las apresaban piratas,
las destrozaban tormentas;
y al fin de luchas cruentas,
si eran cien las que zarpaban,
veinte, apenas, regresaban.*

*Fiado en vuestra clemencia,
os mandé naves de anhelo,
señora del rubio pelo,
martirio de mi existencia;*

*en muelles de la paciencia
mís días se deslizaban,
mas las naves no tornaban. . . .*

*Vi entre las ondas aviesas
de tu desdén, destrozadas
mis naves, más desgraciadas
que las naves portuguesas;
que en tan violentas empresas
muchas veces se encontraban,
pero algunas regresaban. . . .*

LA CAMISA DE XANTHO

*Nadie fué más dichosa que yo, en tanto
de Xantho el lindo cuerpo acariciaba;
solo cuando a la pila me mandaba
triste corría mi copioso llanto.*

*Mas en breve volvía junto a Xantho
y la dicha de nuevo me embargaba;
por nadie me trocara si besaba
su cuello fino, de abrileño encanto.*

*¡Pobre camisa! ¡Llora, pues perdiste
tus más encantadoras alegrías!*

¡Qué inconsolable tu desgracia aguda!

*¡Ha tres días que Xantho no te viste!
¡Entre los brazos de Antenor, tres días
y tres noches, viviendo está desnuda!*

EL DILUVIO

*Hace ya muchos días, hace ya muchas noches,
que férvidos volcanes y furiosos torrentes
hacen de sus estruendos fragorosos derroches
al rutilar de múltiples relámpagos ardientes.*

*Praderas y vergeles, huertos, viñedos, matas,
todo desaparece al rudo rebasar
de constantes, hostiles, furiosas cataratas
que convierten la tierra en un inmenso mar.*

*A flor del mar sombrío, con verdor de gangrenas,
donde hombres y leones flotan agonizantes,
imprecando, furiosos de horror, yérguense apenas,
cual monstruos colosales, las montañas gigantes.*

*Y he aquí que ululando los hombres como fieras,
se amontonan en trágicas, informes muchedumbres;
el mar sube, el mar crece; varones y panteras,
criaturas y reptiles, avanzan a las cumbres.*

*Los fuertes sin piedad que dome sus anhelos,
arrollan en su marcha a los viejos cansados,
y las madres, crueles, tiran sus pequeñuelos,
que los que van detrás pisan alucinados.*

*Un siniestro pavor que crece sofocante,
desorienta y asfixia al turbión que no cede,
se oyen gritos de horror, y el que marcha delante
arroja piedras sobre aquel que le precede.*

*Cornea el toro intrépido, a míseros humanos
que le estorban el paso en alígera ola,
y por el negro espacio águilas y milanos
huyen, con vivo horror, de aquella batahola.*

*Invaden las tinieblas el cóncavo horizonte,
crece el océano y muge con rabias cavernosas,
y las ondas que trepan por los picos del monte
en cada asalto escupen mil víctimas llorosas.*

*En los más altos montes los oleajes fieros,
silbantes entrechocan con golpes iracundos,
esplenden rayos mil en ígneos aguaceros
y graznadores cuervos devoran moribundos.*

*Blasfemias, maldiciones, se elevan a porfía;
al azote del rayo se enfurece el turbión;
cada aullido del agua delata una agonía,
cada burbuja estalla en una imprecación.*

*Crece el mar, sube el mar y devora rugiente
de los más altos montes el picacho nevado,
y en un tremendo trueno aplaude a la ola hirviente*

que arrastra, despeñándose, al postrer condenado.

*Crece el mar, sube el mar, que ya raya el albor
del cielo y arrastrado por la ventisca fuerte,
salpica con su espuma el rostro del Señor,
que le encuentra un sabor nauseabundo, de muerte.
Crece el mar, sube el mar... Cada ola es una torre,
que a Dios mismo en el cielo melancólico pasma,
y por los oleajes alborotados corre
el Arca de Noé cual Navío-Fantasma.*

Traducciones de MIGUEL PELAYO

(España. Madrid.)

Hombre contra hombre

ENTRE las varias tribus que poblaban el hermoso territorio que hoy forma la República Oriental, los Guaraníes ocupaban un lugar prominente, aunque en guerra abierta con los Charrúas y los Mamelucos del Brasil, sus implacables perseguidores, que les daban caza como a bestias feroces, los herraban y vendían por esclavos.

En una de las muchas invasiones de éstos, los Guaraníes, confederados, habían reunido un poderoso ejército y estaban acampando en las inmediaciones del Uruguay.

Las reyertas y rivalidades, tan comunes entre los caciques guaraníes, ocasionaron un rompimiento, y próximos a venir a las manos, cada uno se retiró con su gente donde mejor le pareció.

Uno de los caciques, Guaymirán, el que contaba mayor número de combatientes, logró vadear el río y se guareció en la vecina selva.

Los demás, formando alas paralelas, marcharon hacia el norte.

El enemigo, que asechaba sus movimientos, cuando los vió divididos y bastante lejos unos

de otros, cayó sobre ellos y los fué batiendo en detalle.

Los que escaparon de aquella espantosa carnicería, anduvieron tres días y tres noches vagando por los montes, perseguidos siempre por los Mamelucos, hasta que, muertos de hambre y de frío, pudieron llegar a las márgenes del Uruguay, favorecidos por la oscuridad de la noche.

Estaba muy crecido el río y había vara y media de agua sobre el paso, que era un estrecho banco de arena. La fuerza de la corriente ponía espanto, y los vaqueanos declararon que era imposible pasar.

Los fugitivos, cuyo número crecía por instantes, llegaban, y al ver a sus compañeros detenidos por aquel obstáculo insuperable, se sentaban tristemente a la orilla del río, escondiendo la cabeza entre sus manos.

Empezó a despuntar el alba y a divisarse en lontananza, en la cumbre de las lejanas cuchillas, las hordas de los Mamelucos, que husmeaban su presa. Las mujeres y los niños rompieron en sollozos y gemidos. Algunos hombres corrieron instintivamente hacia la orilla, pero al tocarla, retrocedieron amedrentados por el imponente espectáculo que ofrecía el Uruguay desbordado.

Un joven, alto, robusto, de vigorosa musculatura y excelente nadador, detúvose únicamente, y, confiado en su destreza y en sus nervios de acero, se precipitó en el río.

Otros y otros le siguieron.

Lucharon un momento.... pero debilitados por el cansancio y la falta de alimentos, remolinearon, y describiendo un ancho círculo, desaparecieron arrebatados por la corriente.

Poco después, sus cadáveres flotaban sobre las olas. Horrible desesperación se apoderó del alma de los Guaraníes, y de nuevo los niños y mujeres ensordecieron el aire con sus alaridos.

Los que se encontraban seguros en la selva, acudieron al tumulto desde la orilla opuesta, y una sonrisa satánica iluminó el pálido rostro del vengativo Guaymirán, que capitaneaba aquella tribu, la única que se había salvado del desastre general.

En esto un grito formidable retumbó en el espacio como el sordo rugido del trueno: los enemigos acababan de divisar a los dispersos. — ¡Protegednos, hermanos! — gritó un anciano adivino, dirigiéndose a sus antiguos compañeros;—los Mamelucos, después de degollarnos pasarán el río mañana y harán lo mismo con vosotros.

El cacique pareció reflexionar, y un murmullo de compasión se levantó entre su tribu.

Las mujeres, los niños y los heridos les tendieron sus brazos.

El sol rompió las densas nubes que lo envolvían y trepó lentamente por el horizonte iluminando con rayos de fuego aquella escena desgarradora.

—Sí, es preciso salvarlos—exclamó un joven

entusiasta;—caerá sobre nosotros la maldición de Dios y el desprecio de los hombres, si no lo hacemos.

Unidos somos invencibles, tornó a decir el adivino: pero aislados y hostiles seremos la presa y el escarnio de las tribus más despreciables.

Guaymirán levantó los ojos al astro, símbolo de su común creencia, y herido en las pupilas por su luz irresistible sacudió su larga cabellera como si quisiese arrojar de sí los malos pensamientos que le dominaban, y volviéndose rápidamente al viejo adivino, le gritó:

—Que cien hombres de los más fuertes, enlazadas las manos con las manos, hombro contra hombro, se adelanten en línea recta sobre el banco hasta la mitad del río. Nosotros haremos lo mismo y formaremos así un estrecho canal que sirva de tránsito a los débiles, y de invencible barrera a la pujanza del río.

Así lo ejecutaron, y entonces, a favor de aquella muralla de pechos humanos, asegurándose en ella, el resto de los fugitivos pasó y trasladó a la otra orilla a los niños, a los heridos y a las mujeres.

Cuando llegó el feroz mameluco encontró la playa desierta; pero confiado en que bajase el río, sentó allí su campamento.

Los Guaraníes derrotados ganaron la selva, comieron y durmieron tranquilos esa noche, y, restablecidos de sus fatigas, en la madrugada del siguiente día, aliados con la numerosa

441

falange de Guaymirán, sorprendieron a los Mamelucos y no dejaron uno solo con vida.

Pueblos del río de la plata y de la América española, partido que por diversos senderos perseguís un mismo ideal, el imperio de las instituciones, el bien, la felicidad de la patria, imitad en la buena como en la mala fortuna el proceder de Guaymirán: unidos sois invencibles, pero aislados y hostiles, sereis la presa y el escarbido de la más despreciable tribu.

A. MAGARIÑOS CERVANTES

COLECCION ARIEL

REPERTORIO AMERICANO

y selección de buenos autores antiguos y modernos

Publicación quincenal en cuadernos de 64 páginas

J. GARGIA MONGE

Director:

Condiciones:

La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): \$ 8.00

La serie de 12 cuadernos (en el Extranjero): \$ 2.00 oro am.

768 páginas semestrales

dos libros de escogida, variada y reconfortante literatura

POR TRES COLONES

EDICIONES DE LA LECTURA

Paseo de Recoletos, 25, Madrid.

CIENCIA Y EDUCACION

OBRA PUBLICADA

- L. BRÄCKENBURY. — *La enseñanza de la Gramática.*
GIBBS, LEVASSEUR Y SLUYS. — *La enseñanza de la Geografía.*
LA VISSÉ, MONOD, ALTAMIRA Y COSSIO. — *La enseñanza de la Historia.*
EDMUNDO LOZANO. — *La enseñanza de las ciencias físicas y naturales.*
COMPAIRE. — *Resúmenes de Herbart y Herbert Spencer* (3 volúmenes)
ABEL REY. — *Lógica, Ética y Psicología.* (3 volúmenes.)
JULIAN BESTIRO. — *Juicios sintéticos "a priori"*, según Kant.
ADOLFO POSADA y otros. — *Derecho Usual.*
PESTALOZZI. *Como enseña Cicerón a sus hijos y El Método.* (2 volúmenes.)
W. REIN. — *Resumen de Pedagogía.*
J. F. HERBART. — *Pedagogía general derivada del fin de la educación.*
TH. DAVIDSON. — *La educación del pueblo griego.*
P. BARTH. — *Pedagogía.* (Tomos I y II PARTE GENERAL. VES-PECIAL.)
H. WEIMER. — *Historia de la Pedagogía.*
LUIS DE ZULLETA. — *El Ministro.*

COLECCION ARIEL

La Cancion de la Victoria

El Estado

En el Principado de Gales se da el nombre de Eisteddfod a la reunion de poetas y de musicos, celebrada alli annualmente, con el fin de estimular el culto de la poesia y de la musica, y tambien con el proposito de mantener vivas las tradiciones y las costumbres nacionales. En tiempos remotos se daban honores a los vencedores, y la distincion asi alcanzada abria a los trovadores las puertas de los castillos de principes y nobles. Hay noticia de que esta fiesta—muy semejante a la de los fuegos Florales, cuya institucion en Tolosa, a fines del siglo IV, atribuye la leyenda a Doña Clemencia Isaura—fue celebrada durante los reinados de Eduardo III, Enrique VI, Enrique VIII, y la reina Elisa.

COLECCION ARIEL

REPERTORIO AMERICANO

y seleccion de buenos autores antiguos y modernos

Publicacion quincenal en cuadernos de 64 paginas

Director:

J. GARCIA MONGE

Condiciones:

La serie de 12 cuadernos (en Costa Rica): \$ 3.00

La serie de 12 cuadernos (en el Extranjero): \$ 2.00 oro am.

Numero suelto: \$ 0.25

768 paginas semestrales

dos libros de escogida, variada y reconfortante literatura

POR TRES COLONES

EDICIONES DE LA LECTURA

Paseo de Recoletos, 25, Madrid.

CIENCIA Y EDUCACION

ORAS PUBLICADAS

L. BRACKENBURY. — La ensenanza de la Grammatica.

GIBBS, LEVASSEUR Y SLUYS. — La ensenanza de la Geografia

de la Historia.

EDMUNDO LOZANO. — La ensenanza de las ciencias fisicas y

naturales.

COMPAÑE. — Pestalozzi, Herbart y Herbert Spencer (3 volumenes)

ABEL REY. — Logica, Etica y Psicologia. (3 volumenes.)

JULIAN BASTIERO. — Juicios sencillos "a priori", segun Kant.

ADOLFO POSADA y otros. — Derecho Usuari.

PESTALOZZI. Como ensena Gertrudis a sus hijos y El Metodo. (2

volumenes.)

W. REIN. — Resumen de Psicologia.

J. F. HERBART. — Psicologia general derivada del fin de la edu-

cacion.

T. H. DAVIDSON. — La educacion del pueblo negro

P. BARTH. — Psicologia. (Tomos I y II PARTE GENERAL. VRS-

PRECIAL.)

H. WEIMER. — Historia de la Psicologia

LUIS DE ZURUELA. — El Maestro.

A partir de esta última época, la fiesta se suspendió por espacio de dos siglos, pero se

reestableció en 1798.

Como es costumbre, el torneo artístico

celebró este año con gran solemnidad, a

sar de que algunos escritores ingleses opi-

ron que era inoportuno celebrarlo en

mentos en que los horrores de la guerra

van a casi todos los hogares la desolación

el luto.

Mr. Lloyd George, digno hijo de Gale

amante como ninguno de las tradicione

de las glorias de su suelo nativo, honró

su presencia, el festival y pronunció un be-

simo discurso del cual copiamos los signi-

tes apurtes:

"¿Por qué no cantar durante la guerra

Por qué no cantar, especialmente en es

momentos?

"Las sombras del desaliento no han in-

cido todavía, — ni hay peligro de que

ocurra—los espíritus británicos. El honor

Britania no ha muerto; su poderío no se

roto; su misión no ha sido llenada toda

sus enemigos no han logrado cansar q

branto alguno en sus ideales. Exuberante de vida, más potente, más grande que lo fuera antes, sus dominios son hoy más vastos, más profunda su influencia, más firmes que nunca sus propósitos.

"¿Por qué no hubieran de cantar sus hijos? Sé muy bien que la guerra implica sufrimiento; no olvido que la guerra es causa de desolación. Un manto de tristeza ha caído sobre muchos hogares, pero la Providencia ha querido que el más dulce cantor entre las aves de la Gran Bretaña modale su canción en medio de la noche; y, de acuerdo con la leyenda, ese canto expresa el triunfo sobre el dolor. No hay visesores de este lado del Severn. La providencia rara vez prodiga sus dones. En Gales no necesitamos de ese cantor admirable. Tenemos algo mejor. Existe un ave en nuestros campos que puede competir con el mejor de los ruiseñores; le llamamos "Y Cynro", y canta en la alegría, canta en la tristeza, canta en la prosperidad y también en la adversidad. Canta cuando está ociosa, canta cuando trabaja; canta al sol y canta en medio de la tem-

A partir de esta última época, la fiesta se suspendió por espacio de dos siglos, pero se la restableció en 1798.

Como es costumbre, el torneo artístico se celebró este año con gran solemnidad, a pesar de que algunos escritores ingleses opinaron que era inoportuno celebrarlo en momentos en que los horrores de la guerra llevaban a casi todos los hogares la desolación y el luto.

Mr. Lloyd George, digno hijo de Gales, y amante como ninguno de las tradiciones y de las glorias de su suelo nativo, honró con su presencia el festival y pronunció un bellísimo discurso del cual copiamos los siguientes apartes:

"¿Por qué no cantar durante la guerra? ¿Por qué no cantar, especialmente en estos momentos?"

"Las sombras del desaliento no han invadido todavía, — ni hay peligro de que ello ocurra — los espíritus británicos. El honor de Britania no ha muerto; su poderío no se ha roto; su misión no ha sido llenada todavía, sus enemigos no han logrado causar que =

fiesta. ¿Por qué no hubiera de cantar en medio de la guerra, si canta en el día y canta también en la noche?

“Estas montañas han sido teatro de centenares de luchas; pero ninguna de ellas ha acallado todavía el arpa de Gales, y me sentiría orgulloso si pudiera contribuir en algo a mantener afinado el legendario instrumento, durante la guerra, con la celebración de este festival. Nuestros soldados cantan las canciones de Gales en las trincheras, y celebran en pequeño el Eisteddfod en ellas. No hay uno solo entre ellos que no se hubiera entristecido si hubieramos suprimido el festival durante la guerra. A nuestros compatriotas les agrada saber que mientras ellos mantienen en alto el honor de Gales en los campos de batalla de Europa, Asia y Africa, nosotros hacemos acá todo lo posible por conservar vivas todas las instituciones educadoras—literarias, musicales y religiosas—que han hecho de Gales lo que es y lo que significa para ellos. Ellos quieren que el fuego sagrado arda sin cesar en las aras nacionales a fin de encontrarlo vivo al volver de la con-

tienda, ornadas sus frentes con los laureles de la victoria.

“Por eso he sido de opinión de que se celebre esta fiesta musical y literaria en estos momentos de lucha. Tengo, sin embargo, otra razón para considerar que el Eisteddfod debe seguirse celebrando durante la guerra. Cuando este pavoroso conflicto concluya, soplará una ráfaga de materialismo por todo el país. Entonces se pensará únicamente en la producción, y en la maquinaria que ella demanda. Es verdad que soy partidario de una gran producción, y que he hecho cuanto ha estado en mi mano para perfeccionar la maquinaria con ese fin. Mas no es eso todo. No hay nada más fatal para un pueblo que la reducción de sus miras a la satisfacción de las necesidades materiales del momento. Los ideales nacionales, en que el sentimiento no figura para nada, son como cardos que crecen en el yermo. Después de la guerra tendremos necesidad de mejores talleres; pero necesitaremos más que nunca de instituciones que eleven las miras populares por encima y mucho más allá del taller

tienda, ornadas sus frentes con los laureles de la victoria.

"Por eso he sido de opinión de que se celebre esta fiesta musical y literaria en estos momentos de lucha. Tengo, sin embargo, otra razón para considerar que el Eisteddfod debe seguirse celebrando durante la guerra. Cuando este pavoroso conflicto concluya, soplará una ráfaga de materialismo por todo el país. Entonces se pensará únicamente en la producción, y en la maquinaria que ella demanda. Es verdad que soy partidario de una gran producción, y que he hecho cuanto ha estado en mi mano para perfeccionar la maquinaria con ese fin. Mas no es eso todo. No hay nada más fatal para un pueblo que la reducción de sus miras a la satisfacción de las necesidades materiales del momento. Los ideales nacionales, en que el sentimiento no figura para nada, son como cardos que crecen en el yermo. Después de la guerra tendremos necesidad de mejores talleres; pero necesitaremos más que nunca de instituciones que eleven las miras populares por encima y mucho más allá del taller

y del negocio. Tendremos necesidad entonces de que las tradiciones nacionales nos recuerden que no solamente de pan vive el hombre.

"Cantemos a la tierra en que nacieron tantos héroes! La tempestad ruge con furia implacable, mas ya alcanzamos a divisar un rayo de sol que se quiebra sobre las olas. ¿Por qué no habremos de cantar?"

(El Marconigrama. Londres.)

D. Mauro Fernández (*)

De don Mauro poseen Uds. un nombre claro; nosotros, además de esto, poseemos una imagen del hombre. Le conocimos en formas modestas de su vida, le vimos muchas veces pasar a lo largo de las calles de su ciudad y logramos también contemplarle en algunos de aquellos instantes en que, por los hechos que realizaba, este ciudadano adquiría los títulos por los cuales él ha llegado a hacerse digno de nuestra admiración y a constituir a su vez un ejemplo para muchos, particularmente para los jóvenes.

No es del todo indiferente para nosotros formarnos una idea de cómo era físicamente el hombre a quien en alguna forma rendimos homenaje, y es natural que busquemos su retrato o su busto, porque nos parece que así, las hazañas realizadas por ellos, como que adquieren

(*) Palabras dichas a los alumnos de la Escuela Normal el 22 de noviembre pasado.

D. Mauro Fernández (*)

De don Mauro poseen Uds. un nombre claro; nosotros, además de esto, poseemos una imagen del hombre. Le conocimos en formas modestas de su vida, le vimos muchas veces pasar a lo largo de las calles de su ciudad y logramos también contemplarle en algunos de aquellos instantes en que, por los hechos que realizaba, este ciudadano adquiría los títulos por los cuales él ha llegado a hacerse digno de nuestra admiración y a constituir a su vez un ejemplo para muchos, particularmente para los jóvenes.

No es del todo indiferente para nosotros formarnos una idea de cómo era físicamente el hombre a quien en alguna forma rendimos homenaje, y es natural que busquemos su retrato o su busto, porque nos parece que así, las hazañas realizadas por ellos, como que adquieren

(*) Palabras dichas a los alumnos de la Escuela Normal el 22 de noviembre pasado.

un valor más hondo de realidad, se trata de palabras, de ideas, o de obras ejecutadas con las manos.

Quien sabe si este deseo por ver al hombre que hizo este libro o este puente o dijo un bello pensar, lo heredamos de los pueblos que han concebido una profunda relación entre la obra del espíritu y el busto del varón que a ésta dió aliento y que casi formularon como ley la de que lo bello íntimo se manifiesta en bellas formas. Quizá los testimonios no sean del todo numerosos para confirmar el principio, pero cuando se nos enseña a Goethe, sentimos que tenían razón los antiguos hombres, y en general, casi siempre sorprendemos cierto encanto en la estatua del hombre dedicado a los bellos trabajos del alma, estos le proyectan alguna misteriosa claridad que los ennoblece y hasta santifica.

Don Mauro, tal como le conocimos nosotros, era un anciano de mediana estatura y todos sus rasgos concurrían a hacer de él casi un tipo caballeresco. Amplio era su busto, de correctas líneas, de cierta delicadeza que no amenguaba su varonil presencia. Sus movimientos fáciles y armónicos: amaba el ritmo en todo,

lo había adquirido en su cultura musical y se servía de él en los salones como en la tribuna, entre los suyos como entre los extraños. Sus cabellos eran blancos, su semblante pálido, de una sugestiva palidez de mármol; sus ojos no muy grandes, de brillante y poderosa mirada; los detalles de su semblante acusaban un carácter sin asperezas, mas, lleno de voluntad y de firmeza; tenía una expresión de singular dignidad, de majestad y de poder. Su voz suave, melodiosa, poseía tonos para todos los sentimientos y para todas las expresiones. La mayor parte de sus retratos le dan un aire de pensador, hundido en laboriosas meditaciones; quizá haya sido elegida tal actitud por él: buscaba siempre aquello que daba respeto a su persona, y como todo hombre de cierta naturaleza y del mismo temple que el suyo, rechazaba aquellas formas que no estuvieran en armonía con el respeto debido al individuo. A pesar de esa actitud un tanto impuesta, brota de los ojos de algunos de sus retratos una suave luz apenas perceptible que era la de su ternura inmensa cuando tenía cerca de sí a los pequeños y a los humildes. Sus maneras fueron corteses y hasta ceremo-

lo había adquirido en su cultura musical y se servía de él en los salones como en la tribuna, entre los suyos como entre los extraños. Sus cabellos eran blancos, su semblante pálido, de una sugestiva palidez de mármol; sus ojos no muy grandes, de brillante y poderosa mirada; los detalles de su semblante acusaban un carácter sin asperezas, mas, lleno de voluntad y de firmeza; tenía una expresión de singular dignidad, de majestad y de poder. Su voz suave, melodiosa, poseía tonos para todos los sentimientos y para todas las expresiones. La mayor parte de sus retratos le dan un aire de pensador, hundido en laboriosas meditaciones; quizá haya sido elegida tal actitud por él: buscaba siempre aquello que daba respeto a su persona, y como todo hombre de cierta naturaleza y del mismo temple que el suyo, rechazaba aquellas formas que no estuvieran en armonía con el respeto debido al individuo. A pesar de esa actitud un tanto impuesta, brota de los ojos de algunos de sus retratos una suave luz apenas perceptible que era la de su ternura inmensa cuando tenía cerca de sí a los pequeños y a los humildes. Sus maneras fueron corteses y hasta ceremo-

niosas. De jóven era muy agraciado; su contextura fué un poco débil, tenía su frente la misma palidez del hombre de estudio y de meditación, su cabello negro y sedoso, su temperamento inquieto: persona de costumbres sanas, cuidadoso de sí en extremo grado, social y atento con naturalidad y soltura.

El retrato que está aquí en este salón representa a don Mauro preparándose para pronunciar un discurso: observad qué actitud de hombre, qué dominio de sí mismo grita el más simple de sus gestos, qué elegancia hay en el orador; dentro de poco nos figuramos que comenzará su discurso en voz clara y serena, y seguirá así hasta el fin como un maestro que hace ejecutar una obra musical: habrá momentos de exaltación, de pronto se escucharán palabras de fuego, combativas y enérgicas; muchos al oírle perderán el equilibrio, pero él, así que ha desatado el rayo, sonreirá apaciblemente y continuará hablando en tono suave y amable. En esto estaba su fuerza, en ese control casi absoluto con que él se Gobernaba a sí mismo; había querido ser bello sin vanidad, para darle a su espíritu una residencia digna y lo consiguió al cabo

de tal modo que en su vejez parecía un jóven dotado de bellas gracias.

El llamaba al cuerpo la bestia; quería que se la educara; él logró refrenarla hábilmente y es en este sentido que os lo presento—al daros noticia de su aspecto físico—como un ejemplo de disciplina no sólo en las cosas del alma sino en los intereses del cuerpo.

Oh! pero en lo de cultivar el espíritu, sí que fué un maestro. Perteneció a una generación de modestos recursos para su cultura y sin embargo se dijera que por él hablaba una tradición larga de civilización mental, pero no podríamos engañarnos: todo lo que él fué lo debió a sí mismo. No quiero ser injusto pasando por encima del recuerdo de su noble madre, a quién él creía deberle su preciosa fortuna. Efectivamente esa bella mujer comprendió lo que había en su hijo y estuvo siempre a su lado cuidando de su destino: la fuerza que había en él y el culto a su madre le dieron el secreto de su vida, y fué grande porque en estas dos cosas él fué un devoto leal y ferviente.

Para decir cómo era su devoción para con su madre, él repetía las palabras del *insigne italiano*: "Aquí abajo, nada sus-

de tal modo que en su vejez parecía un joven dotado de bellas gracias.

El llamaba al cuerpo la bestia; quería que se la educara; él logró refrenarla hábilmente y es en este sentido que os lo presento—al daros noticia de su aspecto físico—como un ejemplo de disciplina no sólo en las cosas del alma sino en los intereses del cuerpo.

Oh! pero en lo de cultivar el espíritu, sí que fué un maestro. Perteneció a una generación de modestos recursos para su cultura y sin embargo se dijera que por él hablaba una tradición larga de civilización mental, pero no podríamos engañarnos: todo lo que él fué lo debió a sí mismo. No quiero ser injusto pasando por encima del recuerdo de su noble madre, a quién él creía deberle su preciosa fortuna. Efectivamente esa bella mujer comprendió lo que había en su hijo y estuvo siempre a su lado cuidando de su destino: la fuerza que había en él y el culto a su madre le dieron el secreto de su vida, y fué grande porque en estas dos cosas él fué un devoto leal y ferviente.

Para decir cómo era su devoción para con su madre, él repetía las palabras del insigne italiano: "Aquí abajo, nada sus-

tituye a una buena madre. A élla le debo lo que tengo y lo que soy; me parece que ella todavía vigila mis actos, por eso, siempre antes de emprender alguna buena obra me pregunto: ¿le gustará esto a mi madre?"

Su educación es casi cabal; conoció varias lenguas extranjeras, penetró en los secretos de la música, era un lector asiduo de la bella y eterna literatura, viajó a la manera de los antiguos, con el afán de buscar en los pueblos sabios los misterios de la sabiduría; escribía con elegancia, hablaba con donaire, hizo discursos que honran al país y cuando pensaba en altas ideas parecía un viejo filósofo de una poderosa raza.

Y todo esto es él, él y siempre él. Por eso encuentro sentido a esta celebración, porque no la supongo un mero homenaje a un hombre, sino el recuerdo palpitante de un espíritu que en su modesto vivir, por querer ser ilustre y con voluntad para ello, lo consiguió sin quejas. Me encanta el ejemplo y espero que lo greis comprenderlo. Es uno mismo el único capaz de realizar en forma viva el tesoro de que le haya dotado la providencia. Os invito a pensar en cómo este

hombre amaba la posesión de lenguas extranjeras y cómo a la par de esto él embelleció la suya propia al extremo de ser acaso el más eminente de nuestros oradores. Y os invito a ello, porque comprendéis muy lentamente que la posesión de un idioma no es solo un mero instrumento para comunicarse los hombres los pequeños intereses de su vida ordinaria, sino una de las más altas formas de la cultura humana. La biblioteca de este hombre era ilustre. Lo mejor que ha producido el pensamiento en este mundo estaba allí y pasó bajo sus ojos y entró en su corazón. Ha leído mucho y su universalidad y modernidad en el pensar le viene de esas fuentes sagradas, pero sus lecturas las ha hecho en inglés, en el inglés de Macaulay, en el inglés de Carlyle, las ha hecho en francés, en el francés de Víctor Hugo y de Renán.

Y a la par de este afán, el de la armonía: el canto le seduce como a los viejos filósofos, pero fijaos que la música tiene en él un sentido sagrado, fué una fuerza educadora y creyó en ella y hemos de creer como él aquellos para quienes no es extraño que la música es el modo de comunicarse los dioses y los hombres.

hombre amaba la posesión de lenguas extranjeras y cómo a la par de esto él embelleció la suya propia al extremo de ser acaso el más eminente de nuestros oradores. Y os invito a ello, porque comprendéis muy lentamente que la posesión de un idioma no es solo un mero instrumento para comunicarse los hombres los pequeños intereses de su vida ordinaria, sino una de las más altas formas de la cultura humana. La biblioteca de este hombre era ilustre. Lo mejor que ha producido el pensamiento en este mundo estaba allí y pasó bajo sus ojos y entró en su corazón. Ha leído mucho y su universalidad y modernidad en el pensar le viene de esas fuentes sagradas, pero sus lecturas las ha hecho en inglés, en el inglés de Macaulay, en el inglés de Carlyle, las ha hecho en francés, en el francés de Víctor Hugo y de Renán.

Y a la par de este afán, el de la armonía: el canto le seduce como a los viejos filósofos, pero fijaos que la música tiene en él un sentido sagrado, fué una fuerza educadora y creyó en ella y hemos de creer como él aquellos para quienes no es extraño que la música es el modo de comunicarse los dioses y los hombres.

Y luego filosofaba: su maestro es la naturaleza, era un racionalista que amaba al sol, fecundador de la tierra. Y pasó él cerca de nosotros lleno de la ilusión optimista de que el mal es transitorio.

El fué político y como político puede ser juzgado por los hombres con juicio vario y discorde; pero fuera de la palestra en donde los hombres juegan sus ambiciones y sus pasiones, en la santidad del hogar, en la conversación filosófica, en la cátedra, al lado de los jóvenes, don Mauro será visto como un maestro elegante y gracioso de las bellas y ennoblecedoras ideas.

Mirad su frente clara y pensad en una misteriosa y mágica lámpara árabe. Muchos secretos se revelarán a nosotros por la luz suave que surge de élla, secretos de nuestra vida social pero más hondos misterios de nuestro ser íntimo. El fué el maestro de su espíritu y de su hombre y es un digno y honesto ejemplo.

ROMULO TOVAR

Epístola XX del libro I de Horacio

Para la simple lectura de la antigüedad clásica, es indispensable asesorarse con prioridad de algunas informaciones relativas a la historia, a las fábulas y al estado político y social del tiempo; a menos de conformarse con entender a medias, o con no entender a veces, ni la escritura ni el espíritu, dígase, la actitud elegante y la fuerza intensa de aquellos reales constructores del pensamiento occidental. Conviene luego,—para una sistematización de lecturas que dejen un provecho permanente, en el cual es gobierno de mucha salud y ventaja la disciplina,—comenzar por las obras históricas y de costumbres, para continuar con las de legislación y filosofía, reservando para remate toda la obra poética. Es de primaria importancia un repaso sintético de los conocimientos que podrían dominarse de arte o mecánicos, ya adquiridos sobre ambas sintaxis y métrica latinas. Por pro-

Epístola XX del libro I de Horacio

Para la simple lectura de la antigüedad clásica, es indispensable asesorarse con prioridad de algunas informaciones relativas a la historia, a las fábulas y al estado político y social del tiempo; a menos de conformarse con entender a medias, o con no entender a veces, ni la escritura ni el espíritu, dígase, la actitud elegante y la fuerza intensa de aquellos reales constructores del pensamiento occidental. Conviene luego,—para una sistematización de lecturas que dejen un provecho permanente, en el cual es gobierno de mucha salud y ventaja la disciplina,—comenzar por las obras históricas y de costumbres, para continuar con las de legislación y filosofía, reservando para remate toda la obra poética. Es de primaria importancia un repaso sintético de los conocimientos que podrían dominarse de arte o mecánicos, ya adquiridos sobre ambas *sintaxis* y *métrica* latinas. Por pro-

pía experiencia aconsejo este método a los escritores que comienzan, como de una muy segura eficacia, de un íntimo deleite espiritual y muy rápido eliminador de gran porción de las dificultades de la lectura original y de las mayores de la traslación al castellano. Tácito, Livio y César son una excelente iniciación.

Horacio era hijo de un liberto de Apulia, que vivía de una propiedad y un empleo bastante modestos; pero tanto su padre como el de Virgilio, que nació de otro pequeño propietario de los alrededores de Mantua, hicieron inmensos sacrificios para que sus hijos, a semejanza de los del orden patricio y ecuestre, adquiriesen los conocimientos que en su tiempo transmitían los maestros de Cremona, Milán, Nápoles, Roma y Atenas. Ambos llegaron a poseer la prestigiosa originalidad de hacer *versos antiguos sobre pensamientos nuevos*: precisamente, en la Epístola que de inmediato precede a la que abajo traducimos, Horacio dice a Mecenas:

“Yo fui el primero que estampó sus huellas sobre tierra virgen. Mis pies no se posaron sobre rastro ajeno. Quien tiene fe en sí mismo, guía a los demás y vuela a la cabeza del enjambre. Los yambos de Paros,

fui yo quien los hizo conocer al Lacio. Seguí la medida y el ánimo de Arquíloco, no su áspera cólera que a Licambo fué funesta. Empero, no arranqueis ni una hoja a mi laurel porque haya temido cambiar el ritmo y el arte de sus cármenes. Templa en mi musa el metro de Arquíloco la de Safo varonil, y la de Alceo; pero desaparecen el asunto y el orden.”

En la Epístola XX, que Horacio consagra a su libro, invoca a Vertumno y a Jano, cuyas estatuas se hallaban en la plaza de los libreros. Figura que el libro está impaciente por llegar a manos de los Sosias, que eran dos famosos libreros de Roma, que en la expresión latina forma todo el segundo verso:

Scilicet ut prostes Sosiorum pumice mundus.

Porque la piedra pómez se empleaba para pulir el pergamino en el cual se escribían los libros.

El cómputo de la fecha del Consulado de Lépido, a que se refiere la Epístola, da el año 733 de Roma.

Hé aquí la traducción:

Suspiras por Vertumno y por Jano, libro mío. Te consumes en deseos de aparecer mag-

fui yo quien los hizo conocer al Lacio. Seguí la medida y el ánimo de Arquíloco, no su áspera cólera que a Licambo fué funesta. Empero, no arranqueis ni una hoja a mi laurel porque haya temido cambiar el ritmo y el arte de sus cármenes. Templa en mi musa el metro de Arquíloco la de Safo varonil, y la de Alceo; pero desaparecen el asunto y el orden.”

En la Epístola XX, que Horacio consagra a su libro, invoca a Vertumno y a Jano, cuyas estatuas se hallaban en la plaza de los librereros. Figura que el libro está impaciente por llegar a manos de los Sosías, que eran dos famosos librereros de Roma, que en la expresión latina forma todo el segundo verso:

Scilicet ut prostes Sosiorum pumice mundus.

Porque la piedra pómez se empleaba para pulir el pergamino en el cual se escribían los libros.

El cómputo de la fecha del Consulado de Lépido, a que se refiere la Epístola, da el año 733 de Roma.

Hé aquí la traducción:

Suspiras por Vertumno y por Jano, libro mío. Te consumes en deseos de aparecer mag-

níficamente vestido por la mano de los Sosías. Odias los cerrojos, gratos al púdico sigilo. Gimes en la obscuridad y buscas la luz. Cuánto cambio; ¡oh! dioses. Vé, pues, adonde te llama tu impaciencia; pero una vez fué, no esperes volver. — ¿Qué es lo que he hecho, desgraciado? ¿Qué fué lo que quise? exclamarás, cuando sientas alguna punzada cáustica. Y ya sabes lo que se hace con un libro, cuando el hastío sucede a la pasión saciada del lector.

Si el justo enfado de tu futura suerte no me ofusca, serás delicia de Roma mientras conserves un aire de juventud. Pero cuando la mano del vulgo te haya ensuciado con su contacto ultrajante, te espera una paz inerte, taciturna, o te relegará a Utica, o acaso te verá sirviendo de envoltorio hasta Lérida. Y yo, de quien desdeñaste consejos, reiré como el tonto de la fábula, cuando exasperado de cólera precipitó por un barranco a su asno testarudo. ¿Cómo salvar a un insensato que se obstina en perecer?

Te espera otra gloria: ir a enmohecerte, en un arrabal extraviado, en manos de algún dómine decrepito que les farfulle la gramática a los granujas.

Cuando un cálido rayo de sol te concierte un numeroso aulitorio, dirás de mí que, nacido de un liberto sin fortuna, osé desplegar fué

del patrio nido, alas ambiciosas (*). Que en ello pierdo en nobleza cuanto gano en mérito. Agregarás que he sabido aplacer a cuanto hay en Roma de más ilustre en la toga y en la espada, me pintarás un hombrecillo de cuerpo exiguo, precano, grande amigo del sol, rápido ea la cólera, también pronto en aplacarse. Si por acaso te preguntaren mi edad, dirás que conté cuatro veces diez inviernos el año en que Lolio fué colega de Lépidio.

ELOY G. GONZALEZ.

Caracas, setiembre de 1916.

(La Revista. Caracas)

(*) En ninguna lengua romance es fácil darle a este período la elegancia y la armonía que tiene en el verso latino:
Quum tibi sol tepidus plures admovent aures,
Me libertino natum patre, et in tenui re
Majores pennas nido extendisse loqueris.

del patrio nido, alas ambiciosas (*). Que en ello pierdo en nobleza cuanto gano en mérito. Agregarás que he sabido aplacer a cuanto hay en Roma de más ilustre en la toga y en la espada, me pintarás un hombrecillo de cuerpo exiguo, precano, grande amigo del sol, rápido ea la cólera, también pronto en aplacarse. Si por acaso te preguntaren mi edad, dirás que conté cuatro veces diez inviernos el año en que Lolio fué colega de Lépido.

ELOY G. GONZALEZ.

Caracas, setiembre de 1916.

(La Revista. Caracas)

(*) En ninguna lengua romance es fácil darle a este periodo la elegancia y la armonía que tiene en el verso latino:

*Quum tibi sol tepidus plures admoverit aures,
Me libertino natum patre, et in tenui re
Majores pennas nido extendisse loqueris.*

El oro

A Ricardo Arenales.

Mató el oro en los hombres la comunión nativa
y dividió la tierra y pervirtió el cariño,
la palabra de Cristo no es posible que viva,
sólo pudo vivir cuando el mundo era niño.

Hoy acúñanse discos para sembrar el hambre,
antaño no existía ni la ingenua permuta
ni las cercas de piedra ni las redes de alambre,
que por todos los campos era libre la fruta.

Eran libres las aguas, la caza, la llanura;
como no había dueños, jamás hubo ladrones:
la vida era de paz, de amor y de dulzura,
las gentes eran buenas como las bendiciones.

Jamás alzóse el párpado para ver la miseria,
ni lloraron los niños de frío en las nevadas:
el mundo fué aquel tiempo la generosa arteria
que dió al hombre la gracia de las cosas ansiadas.

¡Oh los atardeceres de la frescura antigua,
envueltos en el alma de los ritos lejanos,

cuando todos bajaban a la fuente contigua
a beber el agua en el hueco de las manos!

¡Oh sol de aquellos siglos que sólo hubiste auroras,
no para enviar al sureo las legiones de obreros
sino para que diese la bondad de tus horas
esperanza a la vida por campos y senderos!

Así en albas y en tardes por collados y montes,
caminos y llanadas, en hermandad y ovejas,
fué vuestra planta libre dilatando horizontes
bajo el alegre cielo, dichosas gentes viejas. . . .

¡Qué moral más hermosa que esta moral primera
de vivir para todos y con todos ser uno!
Los hombres no morían en luchas de frontera
porque la tierra estaba sin valladar ninguno!

Mas, Señor de los Buenos, vuestros dones son idos:
venimos condenados a vivir sin fortuna
todos los que hemos hecho nuestros propios vestidos
con oro de los astros y plata de la luna!

ALFONSO GUILLEN ZELAYA.

(Helios. Tegucigalpa.)

*cuando todos bajaban a la fuente contigua
a beber el agua en el hueco de las manos!*

*¡Oh sol de aquellos siglos que sólo hubiste auroras,
no para enviar al sureo las legiones de obreros
sino para que diése la bondad de tus horas
esperanza a la vida por campos y senderos!*

*Así en albas y en tardes por collados y montes,
caminos y llanadas, en hermandad y ovejas,
fué vuestra planta libre dilatando horizontes
bajo el alegre cielo, dichosas gentes viejas. . . .*

*¡Qué moral más hermosa que esta moral primera
de vivir para todos y con todos ser uno!
Los hombres no morían en luchas de frontera
porque la tierra estaba sin valladar ninguno!*

*Mas, Señor de los Buenos, vuestros dones son idos:
venimos condenados a vivir sin fortuna
todos los que hemos hecho nuestros propios vestidos
con oro de los astros y plata de la luna!*

ALFONSO GUILLEN ZELAYA.

(Helios. Tegucigalpa.)

La tiranía de la fealdad

(Traducido del inglés.)

CUANDO el joven despierta por primera vez al sentido de la belleza y el valor de la vida, es natural que se sienta vencido por la fealdad de la herencia que sus antecesores le obligan a recibir. Descubre en esta civilización, en cuyo plan no intervino, una tiranía contra la cual cree imposible hacer resistencia; un dogma que, según se le dice, todos aceptan como verdad, excepto los inútiles; una ley, cuya violación le lanzaría, fuera de toda redención, entre los criminales o los locos. Acaso ocurra que, en la primera alegría del descubrimiento de la belleza, piense que su vida y la vida de cualquier hombre debieran dedicarse a cultivar un sentido más agudo de lo bello; piense, digámoslo en forma concreta, que cuidar y amar las rosas en el jardín de una casa campestre es mejor que ser el rey de una fábrica de paraguas: pero ésta, la más breve de las ilusiones de la juventud, quedará destruí-

da bajo la que aparece como primera ley de la vida civilizada: el hombre sólo puede ganarse la vida fabricando fealdad.

Quizás en su amargura el hombre se vuelva a pedir consuelo a esos profetas y filósofos de última hora, cuya sabiduría pudiera resolver un problema para él insoluble y por encima de toda esperanza; pero es seguro que sufrirá una decepción. Por una parte, hallará a los hombres prudentes del día imaginando planes para la mejor administración e inspección de las fábricas de paraguas, a fin de alcanzar el bien público; por otra parte, hallará a los mejores suspirando por las delicadas rosas de la Edad Media o probando, con paradojas ingeniosas, que los ojos sagaces pueden descubrir la Edad Media, aún hoy, en las callejuelas de Balham. Porque nuestros profetas y nuestros filósofos olvidan que fueron jóvenes, y, con los años que pasan, su mundo ideal se ha convertido en una especie de plácido asilo de pordioseros, libre de ruidos y corrientes de aire, lugar donde los ancianos y los enfermos pueden sentarse con tranquilidad y proyectar pequeñas revoluciones sobre buenas bases de ideas conservadoras, sin ninguna de las discordantes notas de risa o di-

da bajo la que aparece como primera ley de la vida civilizada: el hombre sólo puede ganarse la vida fabricando fealdad.

Quizás en su amargura el hombre se vuelva a pedir consuelo a esos profetas y filósofos de última hora, cuya sabiduría pudiera resolver un problema para él insoluble y por encima de toda esperanza; pero es seguro que sufrirá una decepción. Por una parte, hallará a los hombres prudentes del día imaginando planes para la mejor administración e inspección de las fábricas de paraguas, a fin de alcanzar el bien público; por otra parte, hallará a los mejores suspirando por las delicadas rosas de la Edad Media o probando, con paradojas ingeniosas, que los ojos sagaces pueden descubrir la Edad Media, aún hoy, en las callejuelas de Balham. Porque nuestros profetas y nuestros filósofos olvidan que fueron jóvenes, y, con los años que pasan, su mundo ideal se ha convertido en una especie de plácido asilo de pordioseros, libre de ruidos y corrientes de aire, lugar donde los ancianos y los enfermos pueden sentarse con tranquilidad y proyectar pequeñas revoluciones sobre buenas bases de ideas conservadoras, sin ninguna de las discordantes notas de risa o di-

sensión añejas a la sangre del joven. Y así, el joven se vuelve hacia los poetas, y encuentra el consuelo que le cabe con saber que otros han sentido y sienten como él, y que otros se han preguntado si la mejor parte de la vida del hombre debe consumirse en arrasar la naturaleza y sustituirla con horribles masas de ladrillo y acero; en ayudar a la manufactura de cosas necesarias que en realidad no lo son; en repetir estúpidamente los feos crímenes de ayer para aniquilar el espíritu de sus hijos y de los hijos de sus hijos.

Bien es verdad que podría decirse que este amor del joven por la belleza es cosa enfermiza y poco natural, consecuencia de una educación equivocada y rebelde; porque la civilización, con astucia un tanto innoble, se resguarda contra las traiciones posibles de sus hijos, obligando a que se les enseñen sólo aquellas cosas que les llevarán a servirla de buen grado. Innecesario recordar que el peligroso espíritu revolucionario que ama las cosas bellas no recibe estímulo en nuestras escuelas nacionales. A los niños se les enseña a cortar las flores en pedazos y dar a los fragmentos nombres curiosos, pero no se les invita a amarlas por su belleza. Aprenden a dibujar

el mapa de la línea de ferrocarril desde Fishguard hasta Londres, y hablan con soltura de exportaciones e importaciones, pero nada saben sobre las bellezas naturales de los lugares que mencionan, ni siquiera sobre los timbres de la ciudad en que viven. Sus labios pronuncian fechas, cáscaras secas de la historia, pero no tienen idea de la espléndida procesión de los reinos pasados y las razas muertas. Ni en nuestra vida pública —que más bien pudiera llamarse nuestra muerte pública,— se revela mayor cuidado por la salud espiritual de los padres que por la de los hijos.

Desoyendo la voz de los artistas, los hombres ignorantes, incultos, a quienes la sola ambición ha llevado a los puestos de responsabilidad, afearán el aspecto de una calle por deseo de unas cuantas piezas de plata, y por temor de que gastar el dinero del público en embellecer a Londres les haga perder sus cargos en las elecciones próximas, ya que los honrados electores han aprendido demasiado bien su lección de fealdad. Los periódicos baratos, únicos leídos por todo el pueblo, buscan la fealdad y la extienden con la habilidad que nace del entusiasmo, y aun aquellos periódicos que parecen ser leídos por las clases

el mapa de la línea de ferrocarril desde Fishguard hasta Londres, y hablan con soltura de exportaciones e importaciones, pero nada saben sobre las bellezas naturales de los lugares que mencionan, ni siquiera sobre los timbres de la ciudad en que viven. Sus labios pronuncian fechas, cáscaras secas de la historia, pero no tienen idea de la espléndida procesión de los reinos pasados y las razas muertas. Ni en nuestra vida pública —que más bien pudiera llamarse nuestra muerte pública,—se revela mayor cuidado por la salud espiritual de los padres que por la de los hijos.

Desoyendo la voz de los artistas, los hombres ignorantes, incultos, a quienes la sola ambición ha llevado a los puestos de responsabilidad, afearán el aspecto de una calle por deseo de unas cuantas piezas de plata, y por temor de que gastar el dinero del público en embellecer a Londres les haga perder sus cargos en las elecciones próximas, ya que los honrados electores han aprendido demasiado bien su lección de fealdad. Los periódicos baratos, únicos leídos por todo el pueblo, buscan la fealdad y la extienden con la habilidad que nace del entusiasmo, y aun aquellos periódicos que parecen ser leídos por las clases

más acomodadas no creen vergonzoso llenar cinco columnas con la narración de un asesinato bestial y reducir el discurso de un grande hombre de letras, a cinco líneas.

¿Dónde, pues, ha de buscar el joven la belleza en la vida de hoy? Sólo en la literatura, y sólo en ella, porque escribir un libro no basta para hacer de éste una contribución a la literatura si no es al mismo tiempo expresión de aquella belleza de la vida que es, a pesar de nuestros gobernantes, eterna. Porque hay buen número de libros feos, y hay multitud de escritores mediocres que lo acrecientan; pero nuestros críticos, cuando son honrados, pueden hacer inútiles tales esfuerzos; y aunque estallan gritos en el campo de la fealdad cuando uno de esos críticos pronuncia la palabra de sinceridad, la palabra queda dicha, y el libro desaparece rumbo a las bibliotecas de los mediocres. Pero nuestros críticos deben ser honrados.

RICHARD MIDDLETON

(Se suicidó en Bélgica en 1911.)

(De *El Universal*, México)

¡Pobre viejo!

Ni duda, aquella era la casa; lo encontré todo igual. El tiempo, es verdad, la había hecho más triste. Porque estaban manchadas las paredes con las huellas de la lluvia, y el musgo dibujaba en ellas siluetas verdinegras: el santo de cantera, el roto macetón en la azotea, el balcón mohoso, la entrada angosta ¡todo lo mismo! Solo que en el ventanillo no se veía la jaula del loro locuaz, ni aquellos tiestos de geranio y rosa de castilla.... ¡Con qué emoción leí aquel rótulo que en fondo negro y letras blancas casi borradas, decía: "Colegio para niños"....

Subí la escalera de mampostería, Como siempre, ardía en el descanso la lamparilla frente a la Virgen de Guadalupe....

Asomó tras el portón verde, no la muchacha harapienta, la *pelona* famosa, sino una viejecilla enjuta.... En el silencio de la casa, en el aire discreto de la criada, en todo, adiviné lo que había pasado.... ¿El señor Quiroz? pregunté.

—Esta mañana a las tres, me respondió con aire compungido la vieja, llevándose el delantal a los ojos.... pase usted....

¡Pobre viejo!

NI duda, aquella era la casa; lo encontré todo igual. El tiempo, es verdad, la había hecho más triste. Porque estaban manchadas las paredes con las huellas de la lluvia, y el musgo dibujaba en ellas siluetas verdinegras: el santo de cantera, el roto macetón en la azotea, el balcón mohoso, la entrada angosta ¡todo lo mismo! Solo que en el ventanillo no se veía la jaula del loro locuaz, ni aquellos tiestos de geranio y rosa de castilla.... ¡Con qué emoción leí aquel rótulo que en fondo negro y letras blancas casi borradas, decía: "Colegio para niños"....

Subí la escalera de mampostería, Como siempre, ardía en el descanso la lamparilla frente a la Virgen de Guadalupe. ...

Asomó tras el portón verde, no la muchacha harapienta, la *pelona* famosa, sino una viejecilla enjuta.... En el silencio de la casa, en el aire discreto de la criada, en todo, adiviné lo que había pasado.... ¿El señor Quiroz? pregunté.

—Esta mañana a las tres, me respondió con aire compungido la vieja, llevándose el delantal a los ojos.... pase usted....

El señor Quiroz había muerto! Aquel hombre intachable, cuyo recuerdo apenas vive en tantos que, como yo, mucho le debieron.... ¡solo! ni uno de sus discípulos lo acompañaba en aquella pieza desmantelada que conocía tan bien: el mobiliario miserable de aquella sala pobre; las consolas sin pie; el sofá de cerda; el estante de libros viejos; la esfera terrestre; aquel diploma pegado a la pared.... junto a un Mapa-Mundi; la *mesa revuelta* que le regalamos de cuelga el año de 70, llena de firmas infantiles y borroneadas en medio de la pieza, el catre de hierro, y sobre sus tablas desnudas, un cadáver vestido de luto; un pañuelo cubría su cara, y a los lados dos grandes cirios que ardían. ¡Era el Maestro de primeras letras! Con respeto y temor lo descubrí. ¡Cómo había envejecido! ¡Qué aspecto tan desconsolador en aquellas líneas modeladas por la muerte!.... ¡Qué elocuente aquella soledad silenciosa, donde antes todo era bullicio!.... Pobre amigo, yo lo acompañaría. Y me senté en el viejo sofá de cerda y me puse a pensar en el pasado!....

¿Te acuerdas? Aquellas mañanas cuando oía la voz de mi madre que me gritaba: ¡van a dar las ocho! Aquel mal humor con que me levantaba, aquellas cóleras diarias contra la criada que me restregaba con demasiada fuerza el *zacate* y el jabón al lavarme el pescuezo, la brusquedad con que pasaba el cepillo por los cabellos aún rubios;

el desayuno apurado de prisa, y aquel desconsuelo al tomar la bolsa deshecha, donde dormían la pizarra, el libro de Mantilla y el padre Ripalda.... ¡Las ocho! Era hora; llorando todavía, llegaba al colegio; la criada me veía subir desde el zaguán, mientras le gritaba antes de tirar del grasiento cordón de la campanilla: ¡Ven a las doce en punto! y entraba.

No puedo olvidar aquella pieza.... aquel techo lleno de pelotas de papel mascado; las paredes con letreros y manchadas de tinta morada, negra y roja; los mapas *polvorientos*; las *muestras* de dibujo; el sistema métrico-decimal; el Corazón de Jesús, al frente, sobre un reloj siempre parado....

La plataforma pintada de negro y encima la mesa del señor Quiroz; el tintero representando un ciervo; la regla, las *planas* en orden; los libros formando pilas.... las dos hileras de bancas y mesas con sus tinteros de plomo; sus candados en las tapas de las papeleras, y tantas letras grabadas con navaja en la madera de los muebles.... Me parece volver a aquellos tiempos, siento el aire fresco de aquellas mañanas, el olor del ladrillo recién regado, el sol entrando por el balcón abierto; el señor Quiroz golpeando la mesa con la regla y gritando: "¡Pepito López, a su lugar!" para seguir rayando concienzudamente el papel..... Juanito Llamas borraba cifras arit-

el desayuno apurado de prisa, y aquel desconsuelo al tomar la bolsa deshecha, donde dormían la pizarra, el libro de Mantilla y el padre Ripalda.... ¡Las ocho! Era hora; llorando todavía, llegaba al colegio; la criada me veía subir desde el zaguán, mientras le gritaba antes de tirar del grasiento cordón de la campanilla: ¡Ven a las doce en punto! y entraba.

No puedo olvidar aquella pieza.... aquel techo lleno de pelotas de papel mascado; las paredes con letreros y manchadas de tinta morada, negra y roja; los mapas polvorientos; las muestras de dibujo; el sistema métrico-decimal; el Corazón de Jesús, al frente, sobre un reloj siempre parado....

La plataforma pintada de negro y encima la mesa del señor Quiroz; el tintero representando un ciervo; la regla, las *planas* en orden; los libros formando pilas.... las dos hileras de bancas y mesas con sus tinteros de plomo; sus candados en las tapas de las papeleras, y tantas letras grabadas con navaja en la madera de los muebles.... Me parece volver a aquellos tiempos, siento el aire fresco de aquellas mañanas, el olor del ladrillo recién regado, el sol entrando por el balcón abierto; el señor Quiroz golpeando la mesa con la regla y gritando: "¡Pepito López, a su lugar!" para seguir rayando concienzudamente el papel..... Juanito Llamas borraba cifras arit-

méticas en el pizarrón; Miguel Vilches, oculto por la tapa de la papelera, mordía un caerno de rosca; tras el antifaz de los catecismos platicaban Mejía y Méndez: leía en voz alta Zamudio, y Pepito López, inquietísimo, se deslizaba hipócritamente a lo largo de la banca (siempre era esa su disculpa) para pedir un lápiz a Marticorena o a mí, que con la vista vaga seguía el vuelo de las moscas que aprisionaba Orozco y pegaba con cera a soldados de papel.

¡ Ah, época inolvidable! No se cuidaba uno ni del día ni del mes, sino para saber, porque todos los juegos tienen su temporada, cuándo se debía jugar a las canicas, cuándo al balero, cuándo concluía el reinado del trompo y comenzaba el de los huesos de chavacano, el *piso* y el *burro*.... Sin más temor que el de ser sorprendidos en *ia fraganti* conversación, en desiguales cambalaches de pizarrines y caramelos o en el mayor crimen, fumando, pálidos de espanto, tras la puerta del común, el primer cigarro de *monzón* robado a la ama de llaves!

— ¡ Pepito, media hora de castigo!

— ¡ Señor, si no he hecho nada!

— Sí, señor; está usted distraído a Orozco; media hora!

— No, señor (*jirimiquiando*) ¡ a la otra!

— A su lugar! (*reglazo*)

Y después de estos diálogos, el Sr. Quiroz

seguía rayando papel, hasta que alguno alzaba el brazo y enseñando dos dedos, pedía permiso para *hacer de las aguas*.

— ¡ Está ocupado! Aquel era el gran pretexto; ir a tomar agua o a cumplir alguna función fisiológica de grande importancia. En aquellas escapadas se mordía el pedazo de pan, resto del desayuno; se contaban las canicas, y, sobre todo, se estaba fuera de aquella pieza estrecha, de aquellas durísimas bancas, donde colgaban los pies: se lavaban las manos llenas de tinta, frotando los dedos en el ladrillo del lavadero.... y haciendo repetir al perico aquella mala palabra que sabía y todos oían con una punzante curiosidad, y se repetía en voz baja, muy baja, porque si el Sr. Quiroz la oía ¡ *al cachote!* aquel cuarto húmedo y oscuro, lleno de sillas rotas, tinas desfondadas y ropa sucia; donde paseaban las ratas del tamaño de un conejo. Había alacranes y mestizos, que acobardaban a los más valientes; era preferible dar cien líneas del Urcuyo, estar media hora hincado y en cruz, hasta recibir la orden de que no le dieran dulce y fruta en su casa, a entrar a aquella pieza que olía a ropa sucia y a humedad.

¿ Cuántas cosas habría en el bufete del Sr. Quiroz? Dicen que ahí guardaba todo lo que les quitaba a los niños; muchas cañicas, membrillos mordidos, pedazos de charamusca, soldados de plomo, juguetes de madera, pinturas, caramelos,

seguía rayando papel, hasta que alguno alzaba el brazo y enseñando dos dedos, pedía permiso para *hacer de las aguas*.

—¡Está ocupado! Aquel era el gran pretexto; ir a tomar agua o a cumplir alguna función fisiológica de grande importancia. En aquellas escapadas se mordía el pedazo de pan, resto del desayuno; se contaban las canicas, y, sobre todo, se estaba fuera de aquella pieza estrecha, de aquellas durísimas bancas, donde colgaban los pies: se lavaban las manos llenas de tinta, frotando los dedos en el ladrillo del lavadero.... y haciendo repetir al perico aquella mala palabra que sabía y todos oían con una punzante curiosidad, y se repetía en voz baja, muy baja, porque si el Sr. Quiroz la oía ¡*al cachote!* aquel cuarto húmedo y obscuro, lleno de sillas rotas, tinas desfondadas y ropa sucia; donde paseaban las ratas del tamaño de un conejo. Había alacranes y mestizos, que acobardaban a los más valientes; era preferible dar cien líneas del Urcuyo, estar media hora hincado y en cruz, hasta recibir la orden de que no le dieran dulce y fruta en su casa, a entrar a aquella pieza que olía a ropa sucia y a humedad.

¿Cuántas cosas habría en el bufete del Sr. Quiroz? Dicen que ahí guardaba todo lo que les quitaba a los niños; muchas canicas, *membrillos* mordidos, pedazos de charamusca, soldados de plomo, juguetes de madera, pinturas, caramelos,

baleros, trompos; la teja de plomo que servía para jugar al piso, pliegos de papel de colores para forrar libros y tapizar los cajones, armellas, ¡qué sé yo! era un tesoro.

¡Qué tristes aquellas tardes cuando estaba uno en lista con dos o tres rayitas: cada una era media hora. Todos se iban a jugar al patio y uno se quedaba solo. Gritaba la criada:—¡ Por el niño Mendoza!—Hasta las seis, respondía muy serio el Sr. Quiroz. No valían ruegos, no valían pretextos. ¡ Es la última, señor! Ya no lo vuelvo a hacer! Nada, era inflexible!

¡Qué decir en casa, al llegar? ¿Cómo resistir aquella pregunta “¿ Por qué viene usted tan tarde?” Y aquella comparación humillante de “ya vez a tu primo Félix, pues nunca lo castigan”. ¿Cómo presentar los sábados aquella plana donde se repetían cinco veces las palabras Venecia, Valladolid, Valencia, o aquella máxima escrita con bella letra inglesa: “el estudio es fuente de riqueza”, que uno copiaba con caracteres que parecían patas de mosca o como aseguraba el Sr. Quiroz, hechos con popotes? ¿Cómo mostrar aquella calificación: Conducta, Mal.... Aplicación, Mal.... Aseo, Bien, escrita al dorso? ¿Cómo coser los pantalones hechos pedazos, el saco lleno de gis, la camisa de tinta, las medias de ladrillo? ¿Cómo curar los moretones sacados en aquellos lances de honor que se ventilaban a las cinco, en un rin-

cón de la azotehuela? Graves preocupaciones de la edad imposibles de resolver a los siete años.

Para nosotros, el Sr. Quiroz era un inquisidor; ¿por qué nos daba *garnuchos* en las orejas? ¿Cómo se enfullinaba cuando alguno se le paraba de *gallito!* ¡ Pobre viejo! alguna vez me pregunté, ¿por qué será tan pálido y tan flaco? Más tarde lo he sabido, más tarde he resuelto aquel enigma. Ya sé por qué llevaba siempre aquel saco café lleno de manchas, aquel chaleco gris, aquel pantalón de casimir del país con grandes rodilleras: sé por qué se ponía pensativo al reflexionar en el mañana, y por qué está pálido y flaco un hombre que no tiene dinero, a quien matan lentamente las privaciones, a quien consume el cerebro el repetir año tras año ¿que es gramática?, escribir día tras día el mismo ejemplo de sumar quebrados, resistir el eterno dos por dos cuatro, dos por tres seis; levantarse con el alba, sufrir malas respuestas y cargos de papás descontentos.

Esa es la vida. ¿Por qué el inventor no tiene bustos de bronce que lo inmortalicen, retratos y biografías en los periódicos ilustrados?

¿Por qué el mercader es grande y el sembrador se olvida?

¿Por qué sólo se alaba el encaje de piedra que corona las hermosas cornisas y no hay una mención para el cemento?

Es un amigo de los primeros años; descifra

ción de la azotehuela? Graves preocupaciones de la edad imposibles de resolver a los siete años.

Para nosotros, el Sr. Quiroz era un inquisidor; ¿por qué nos daba *garnuchos* en las orejas? ¿Cómo se enfullinaba cuando alguno se le paraba de *gallito*? ¡Pobre viejo! alguna vez me pregunté, ¿por qué será tan pálido y tan flaco? Más tarde lo he sabido, más tarde he resuelto aquel enigma. Ya sé por qué llevaba siempre aquel saco cañero lleno de manchas, aquel chaleco gris, aquel pantalón de casimir del país con grandes rodilleras: sé por qué se ponía pensativo al reflexionar en el mañana, y por qué está pálido y flaco un hombre que no tiene dinero, a quien matan lentamente las privaciones, a quien consume el cerebro el repetir año tras año ¿que es gramática?, escribir día tras día el mismo ejemplo de sumar quebrados, resistir el eterno dos por dos cuatro, dos por tres seis; levantarse con el alba, sufrir malas respuestas y cargos de papás descontentos.

Esa es la vida. ¿Por qué el inventor no tiene bustos de bronce que lo inmortalicen, retratos y biografías en los periódicos ilustrados?

¿Por qué el mercader es grande y el sembrador se olvida?

¿Por qué sólo se alaba el encaje de piedra que corona las hermosas cornisas y no hay una mención para el cimientó?

Es un amigo de los primeros años; descifra

ese jeroglífico encerrado en las páginas de un silabario, esa frase milagrosa que al pronunciarla se abren los inmensos horizontes desconocidos de la vida; da la clave para arrancar al libro su riqueza; arroja en el alma ese primer germen que diferencia al estúpido del hombre social, y sin embargo, es para todos un pobre viejo retrógrado, porque a fuerza de enseñar ya nada puede aprender, un bilioso que castiga sin justicia, a quien se le paga una vil mensualidad, y ¡hasta luego!

¡Pobre Sr. Quiroz! ¡Muerto!

¿Qué se habían hecho aquellos compañeros de colegio? ¿Por qué no había venido uno solo a recoger la última mirada dulce, dulce como la tenía el día de la comunión general y de la repartición de premios? ¡Era bueno, sí; el día que acabé el libro de Mantilla y dejé el colegio; cuando yo usaba pantalón corto, no lo olvidó, me regaló una estampa con un San Luis Gonzaga, y conmovido, llorando, se despidió diciéndome: "que logre verte hecho un licenciado"... y entró con los ojos húmedos a explicar los denominados por partes alícuotas!

No puede ser malo el que muerto tiene cara de santo.... no; me arrepentía de mis malos pensamientos de niño: la gratitud, una gratitud inmensa brotaba a mi labio.... ¿Para qué besar aquella frente? Era demasiado tarde.

¡Pobre viejo, como le decían los vecinos! ya descansa; y me alejé con una tristeza profunda mientras un grupo de niños salía festivo del zaguán, niños que reían contentos como la mañana porque.... ¡no había Colegio!

(Cultura. México.)

ANGEL DE CAMPO

¡Pobre viejo, como le decían los vecinos! ya descansa; y me alejé con una tristeza profunda mientras un grupo de niños salía festivo del zaguán, niños que reían contentos como la mañana porque.... ¡no había Colegio!

ANGEL DE CAMPO

(*Cultura. México.*)

Anotaciones

Hay en Colombia un movimiento literario de consideración, y conviene estudiar su dirección y sus tendencias, para deducir de este análisis cuáles sean los ideales que aspira a realizar la generación presente, y si ellos corresponden a las exigencias de la época y a las condiciones de nuestro pueblo. Contamos con personalidades eminentes, que honrarían a cualquier país de nuestra raza, pero no se ha averiguado si ellas son postreros representantes de una tradición gloriosa o impulsores de nuevas corrientes artísticas. Hay cierta indecisión en el espectáculo que presentan nuestras letras, reflejo quizá de la incertidumbre que se nota en el horizonte intelectual de los más adelantados países del mundo.

Hay en nuestra literatura ciertos períodos que presentan rasgos característicos inconfundibles: tales son, por ejemplo, el que tuvo por centro a la célebre Expedición Botánica de Mutis, y se distingue por el cultivo de la literatura científica; el del romanticismo, que dió al país algunos de sus más grandes poetas; el de reacción realista, caracterizado por la afición a los cuadros de costumbres y a la poesía

festiva y popular; el de inspiración académica y gusto español que puede personificarse en la egregia figura de Miguel Antonio Caro y que influyó hasta en los escritores menos amigos de la tradición, pues si fueron elegantísimos y correctos estilistas Cuervo y Ortiz, Arboleda y Caicedo Rojas, no les fueron en zaga Núñez, Santiago Pérez, Becerra y Felipe Zapata, y, finalmente, el de decadentismo, que abandonó las huellas luminosas de la generación anterior y se lanzó por el camino de las novedades más o menos justificadas y felices. Ese movimiento pasó; y hoy no hay una dirección clara y definida; una influencia poderosa que encauce las energías dispersas y aúne las voluntades en la realización de un ideal común.

¿Cuál debería ser éste? Difícil dar una respuesta categórica, que revelaría en quien la formulara sin atenuaciones, mucho de vanidosa presunción. Habría, además, que distinguir entre los distintos géneros literarios, y tomar en consideración las lecciones que puedan ofrecernos otros países de nuestras mismas condiciones étnicas y sociales. De una manera general podría declararse que, dadas las circunstancias en que hoy se encuentra nuestra Nación y el desarrollo que ha alcanzado, la literatura debe tender a desenvolver la mayor suma de elementos espirituales de los que caracterizan, de modo especial, al pueblo colombiano y poner de relieve los rasgos originales de su fisonomía. Hoy se discute mucho la te-

festiva y popular; el de inspiración académica y gusto español que puede personificarse en la egregia figura de Miguel Antonio Caro y que influyó hasta en los escritores menos amigos de la tradición, pues si fueron elegantísimos y correctos estilistas Cuervo y Ortiz, Arboleda y Caicedo Rojas, no les fueron en zaga Núñez, Santiago Pérez, Becerra y Felipe Zapata, y, finalmente, el de decadentismo, que abandonó las huellas luminosas de la generación anterior y se lanzó por el camino de las novedades más o menos justificadas y felices. Ese movimiento pasó; y hoy no hay una dirección clara y definida; una influencia poderosa que encauce las energías dispersas y aúne las voluntades en la realización de un ideal común.

¿Cuál debería ser éste? Difícil dar una respuesta categórica, que revelaría en quien la formulara sin atenuaciones, mucho de vanidosa presunción. Habría, además, que distinguir entre los distintos géneros literarios, y tomar en consideración las lecciones que puedan ofrecernos otros países de nuestras mismas condiciones étnicas y sociales. De una manera general podría declararse que, dadas las circunstancias en que hoy se encuentra nuestra Nación y el desarrollo que ha alcanzado, la literatura debe tender a desenvolver la mayor suma de elementos espirituales de los que caracterizan, de modo especial, al pueblo colombiano y poner de relieve los rasgos originales de su fisonomía. Hoy se discute mucho la te-

sis de si es posible o no que las Repúblicas hispanoamericanas tengan una literatura verdaderamente nacional; materia complicada en que es preciso hacer algunas distinciones. Si se quiere dar a entender una literatura que no tenga relación con la española, la tesis es absurda, pues mientras hablemos castellano y vivamos en comunión espiritual con el alma de la raza, nuestro arte será fundamentalmente español aun cuando pueda y deba presentar variedades que lo distingan y le den carácter propio y personalidad digna de tenerse en cuenta. En este camino, se puede llegar a devolver a la Madre Patria la influencia inicial de ella recibida, por medio de reacciones oportunas y enérgicas. Ahí está el caso de Rubén Darío que, aun cuando era un espíritu francés, no pretendió emanciparse de la tradición castiza; y de este modo, después de haber ido por primera vez a España en busca de consagración para su genio, volvió luego a la península como maestro de una nueva generación literaria.

Podemos y debemos aspirar a que la poesía lírica y la épica o narrativa celebren a nuestros héroes, canten nuestras tradiciones, describan los primores de la naturaleza en esta zona privilegiada, y den expresión enérgica y perdurable a los rasgos peculiares de nuestro pueblo. Aun en la manifestación poética de los estados de alma mas íntimos, cabe originalidad de país a país. Críticos europeos han no-

tado que la poesía erótica del Brasil se distingue por la expresión ardiente y sensual de la pasión, de la de los otros pueblos latinos, y manifiesta bien la índole de la raza que habita ese gran país de luz y de fuego. La poesía descriptiva brasileña, aun tratada por escritores de gusto clásico, es tan original como los paisajes fantásticos que la inspiran. Nosotros tenemos antecedentes dignos de memoria y de imitación, y no puede olvidarse que el gran Menéndez y Pelayo dijo hablando del poema sobre el maíz de Gutiérrez González, que si la poesía colombiana tuviera muchas obras como esa, sería la más original de la América española. Y en cuanto a poetas de escuela clásica, como Ortiz, conviene observar que este gran lírico nunca es tan virgiliano como cuando traza con elegancia y precisión de líneas cuadros de la naturaleza andina. Y Caro, el traductor de Virgilio, tal vez bebió en ciertos pasajes de la Eneida, patéticos y grandiosos al par, esa inspiración solemne que halla la fórmula eterna para expresar los grandes sentimientos humanos y da a cada estrofa de la oda *A la estatua del Libertador* el relieve y la perennidad del bronce.

Pudiéramos multiplicar las citas para comprobar que nuestros grandes poetas, ya se hayan inspirado en la antigüedad o en la literatura española, ya en la poesía italiana, francesa o inglesa, han perpetuado en versos magníficos algo propio y expresivo de la tierra

tado que la poesía erótica del Brasil se distingue por la expresión ardiente y sensual de la pasión, de la de los otros pueblos latinos, y manifiesta bien la índole de la raza que habita ese gran país de luz y de fuego. La poesía descriptiva brasileña, aun tratada por escritores de gusto clásico, es tan original como los paisajes fantásticos que la inspiran. Nosotros tenemos antecedentes dignos de memoria y de imitación, y no puede olvidarse que el gran Menéndez y Pelayo dijo hablando del poema sobre el maíz de Gutiérrez González, que si la poesía colombiana tuviera muchas obras como esa, sería la más original de la América española. Y en cuanto a poetas de escuela clásica, como Ortiz, conviene observar que este gran lírico nunca es tan virgiliano como cuando traza con elegancia y precisión de líneas cuadros de la naturaleza andina. Y Caro, el traductor de Virgilio, tal vez bebió en ciertos pasajes de la Eneida, patéticos y grandiosos al par, esa inspiración solemne que halla la fórmula eterna para expresar los grandes sentimientos humanos y da a cada estrofa de la oda *A la estatua del Libertador* el relieve y la perennidad del bronce.

Pudiéramos multiplicar las citas para comprobar que nuestros grandes poetas, ya se hayan inspirado en la antigüedad o en la literatura española, ya en la poesía italiana, francesa o inglesa, han perpetuado en versos magníficos algo propio y expresivo de la tierra

natal y han sido no sólo poetas nacidos en Colombia sino poetas *colombianos*. Si tuviéramos autoridad para dar consejos, recomendaríamos a la generación nueva que procurara empeñosamente ponerse en comunicación directa con las obras de esos grandes maestros para restaurar la cadena de la tradición nacional, rota por el desdén soberbio de quienes creyeron que antes de la aparición del modernismo no había nada digno de leerse en Colombia (1).

El teatro, que ha sido hasta ahora rama más débil que la lírica, presenta, desde sus orígenes, la doble tendencia erudita y nacional, producto la primera de imitación literaria, en cuanto a la forma escogida por nuestros poetas, que fué la de la tragedia pseudo-clásica, y fruto, la segunda, de chispeante observación de las costumbres. Ahí están, por un lado, *Atala* y *Sugamuxi*, y del otro, el sainete de *Las convulsiones*, única reliquia sobreviviente de toda aquella literatura. Esa misma doble corriente se manifiesta hacia mediados del pasado siglo, con obras tan desemejantes

(1) Los buenos poetas de hoy, aun los de tendencia más francesa, han tratado temas americanos, y se formarían un precioso ramillete con piezas como el *Canto a Popayán*, de Valencia; *Tropical*, de Arciniégas; *Selva*, de Diego Uribe; *El Magdalena*, de Grillo; *Remando de Santos, de Canoas*, y numerosas piezas de Flores, Jaime, Cornelio Hispano, José Eustasio Rivera, etc. Es de notar que José Asunción Silva, el más parisiense de nuestros poetas, es el que tiene en sus versos un más grato perfume bogotano. (N. del A.)

como el *Jacobo Molay* y *El Castillo de Berkeley*, ensayos juveniles de don Santiago Pérez, y las comedias de don José María Samper, v. gr., *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna*.

Hoy se nota entre nosotros un activo movimiento teatral, sostenido principalmente por un grupo de jóvenes, inteligentes y decididos, que han consagrado todas sus energías a lograr que el germen, que durante un siglo apenas se había desarrollado, adquiera vigor y se cubra de flores. Ese grupo, digno de todo estímulo y aplauso, ha llegado a tiempo, y sus esfuerzos se han encaminado en la dirección de la moderna y brillantísima escuela española contemporánea. Es indudable que el teatro es hoy, en España, uno de los géneros que se cultivan con éxito más lisonjero. El gran maestro Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Linares Rivas, Martínez Sierra, los catalanes Rusiñol e Iglesias y otros varios ingenios, han creado un teatro profundamente distinto del grandioso pero falso de Echegaray; más sencillo que éste, más humano, que no exige para sus piezas lances tremebundos, y se contenta con asuntos tomados de la vida diaria. Antes no se hubiera creído que podía *mantenerse* suspenso al público durante la representación de una pieza en que no pasa casi nada, que apenas *tiene* trama y cuyo interés estriba en haber sabido dar ambiente artístico a escenas tomadas de la

como el *Jacobo Molay* y *El Castillo de Berkeley*, ensayos juveniles de don Santiago Pérez, y las comedias de don José María Samper, v. gr., *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna*.

Hoy se nota entre nosotros un activo movimiento teatral, sostenido principalmente por un grupo de jóvenes, inteligentes y decididos, que han consagrado todas sus energías a lograr que el germen, que durante un siglo apenas se había desarrollado, adquiriera vigor y se cubra de flores. Ese grupo, digno de todo estímulo y aplauso, ha llegado a tiempo, y sus esfuerzos se han encaminado en la dirección de la moderna y brillantísima escuela española contemporánea. Es indudable que el teatro es hoy, en España, uno de los géneros que se cultivan con éxito más lisonjero. El gran maestro Benavente, los hermanos Alvarez Quintero, Linares Rivas, Martínez Sierra, los catalanes Rusiñol e Iglesias y otros varios ingenios, han creado un teatro profundamente distinto del grandioso pero falso de Echegaray; más sencillo que éste, más humano, que no exige para sus piezas lances tremebundos, y se contenta con asuntos tomados de la vida diaria. Antes no se hubiera creído que podía mantenerse suspenso al público durante la representación de una pieza en que no pasa casi nada, que apenas tiene trama y cuyo interés estriba en haber sabido dar ambiente artístico a escenas tomadas de la

humilde realidad y en haber tocado hábilmente fibras muy delicadas del sentimiento. En otro tiempo se decía aquí que el teatro no prosperaba porque no había en nuestra sociedad incipiente y poco complicada temas dramáticos, y esto es explicable porque entonces se consideraba que no había drama, donde no hubiese una terrible crisis pasional o un asunto romántico y legendario. Señalado otro camino más llano por los citados maestros, es más fácil para nuestros ingenios hallar materia dramática en la uniformidad algo gris de nuestra vida social: no plantearán tesis tan hondas ni presentarán conflictos tan tremendos como Dumas o Bernstein; más harán vívidos traslados de escenas y de lances de que todos hemos podido ser testigos, pero que sólo el artista logra revestir de interés y de poesía. Gran mérito es saber sorprender y analizar un instante, por rápido que sea, de la vida; un fragmento, por modesta que sea su apariencia, de la realidad! Así como el microscopio agranda y precisa los más pequeños objetos y anima e intensifica a nuestros ojos los movimientos vitales de corpúsculos invisibles, el arte, haciendo uso de su poderoso lente, realza lo pequeño, dignifica lo insignificante y halla el interés humano, la lucha dramática, que están latentes en un hecho aparentemente vulgar e incoloro, en una crónica de policía, en una anécdota periodística. Durante muchos años sólo de tarde en tarde

subía a la escena una pieza nacional: ahora, en pocos meses, hemos visto representar, por autores dignos de este nombre y con grande aplauso, las obras de Valenzuela, Rivas y Lorenzana; triunfos que, unidos a los que obtuvo no ha mucho Alvarez Lleras, y a los que probablemente alcanzarán con otras piezas, estos mismos autores y Restrepo Gómez, Castello, Gómez Corena, Martínez Rivas, etc., permiten esperar, para plazo no muy lejano, la formación de un teatro nacional. Ni sería bien que el drama poético desapareciera, por lo cual vemos con gusto que al lado de las manifestaciones ya citadas, de ejecución realista, aparezcan las creaciones ideales que con la musa juvenil de Angel María Céspedes deslumbra nuestra fantasía y halaga blaudamente el oído.

La novela tiene pocos pero ilustres antecedentes en Colombia, ya en la forma idílica de la *María*, ya en la narración realista ensayada, desde 1866, por don Eugenio Díaz, en *La Manuela*, y por los insignes costumbristas de la época del *Mosaico*, a quienes debemos algunas de las mejores páginas de la literatura nacional. Modernamente en Antioquia ha lucido una escuela de novelistas regionales, entre los cuales sobresale Tomás Carrasquilla, cuyos *Frutos de mi tierra* fueron celebrados por Perera. Esos escritores han demostrado que lo regional, bien entendido, puede dar tema a obras que sean aplaudidas fuera

subía a la escena una pieza nacional: ahora, en pocos meses, hemos visto representar, por autores dignos de este nombre y con grande aplauso, las obras de Valenzuela, Rivas y Lorenzana; triunfos que, unidos a los que obtuvo no ha mucho Alvarez Lleras, y a los que probablemente alcanzarán con otras piezas, estos mismos autores y Restrepo Gómez, Castello, Gómez Corena, Martínez Rivas, etc., permiten esperar, para plazo no muy lejano, la formación de un teatro nacional. Ni sería bien que el drama poético desapareciera, por lo cual vemos con gusto que al lado de las manifestaciones ya citadas, de ejecución realista, aparezcan las creaciones ideales que con la musa juvenil de Angel María Céspedes deslumbra nuestra fantasía y halaga blaudamente el oído.

La novela tiene pocos pero ilustres antecedentes en Colombia, ya en la forma idílica de la *María*, ya en la narración realista ensayada, desde 1866, por don Eugenio Díaz, en *La Manuela*, y por los insignes costumbristas de la época del *Mosaico*, a quienes debemos algunas de las mejores páginas de la literatura nacional. Modernamente en Antioquia ha lucido una escuela de novelistas regionales, entre los cuales sobresale Tomás Carrasquilla, cuyos *Frutos de mi tierra* fueron celebrados por Perera. Esos escritores han demostrado que lo regional, bien entendido, puede dar tema a obras que sean aplaudidas fuera

del estrecho círculo del lugar o de la provincia. *Pax*, producción del ingenio bogotano, no podía tener ese carácter, porque aquí no existe el regionalismo, pero sí es obra de costumbres nacionales, vistas por uno de sus aspectos más dramáticos y también menos amables: por el lado de las luchas políticas y de las convulsiones civiles. *Pax*, por gran parte de su contenido, es obra de significación hispanoamericana, aplicable a la mayor parte de nuestras repúblicas; y no obstante los lunares de estilo y lenguaje que le señaló una crítica doctísima y a pesar de sus irregularidades de composición, es de lo más original y al propio tiempo de lo más castizo que tenemos. El éxito envidiable obtenido por Carrasquilla y por Marroquín convida a los jóvenes a explotar el no infecundo venero de la novela de costumbres; pintando "tipos y paisajes"; aldeanos de nuestras sabanas, trajinantes de nuestros caminos, habitantes de las montañas y de los páramos, placeras y negociantes, y, por otro lado, caballeros y damas, políticos y hacendados, comerciantes y banqueros, poetas y periodistas, todo, en fin, cuanto bulle y se agita en el seno de esta sociedad, tan arraigada, por ciertos aspectos, a lo pasado, y ya tan influída por nuevos elementos, que están operando en ella una gran transformación. Páginas muy hermosas de este género tiene la novela de Clímaco Soto Borda, *Diana la cazadora*. Dichosa la

pluma que acierte a perpetuar algunos rasgos típicos que aún guardan, como ejecutorias del tiempo viejo, nuestras ciudades; algunas fisionomías que no hemos de volver a ver; ciertas costumbres en que se percibe el olor de incienso de la Colonia o el perfume de las rosas de los tiempos de Bolívar; la tradición, en una palabra, a que todo pueblo civilizado debe rendir cariñoso y reverente culto! Lean nuestros jóvenes las páginas embalsamadas de Caicedo Rojas, que deberían ser populares, si hubiera aquí, de verdad, gusto literario; y sigan por ese camino que conduce a la gloria.

Hay antecedentes que obligan por ser honrosos para una nación. No es indiferente que naciera en Bogotá Rufino José Cuervo, uno de los más ilustres filólogos de la raza española; ni que aquí hayan dado sus enseñanzas Caro y González Manrique, Uricoechea y Suárez. Con justicia pudo decirse que la doctrina de Bello había tenido mejores intérpretes en Colombia que en Venezuela y en Clile: ahí están las obras gramaticales de Marroquín e Isaza, Guzmán y Marulanda y otros muchos. Esta propaganda dió sus frutos y de ahí la fama de corrección de que han gozado los escritores colombianos. Hoy podría darse esa tradición filológica por olvidada, si no viéramos publicaciones como *La llave del griego* del P. Félix Restrepo, autor también de un precioso tratado de semántica, y si no se estuviera formando, bajo una disciplina

pluma que acierte a perpetuar algunos rasgos típicos que aún guardan, como ejecutorias del tiempo viejo, nuestras ciudades; algunas fisonomías que no hemos de volver a ver; ciertas costumbres en que se percibe el olor de incienso de la Colonia o el perfume de las rosas de los tiempos de Bolívar; la tradición, en una palabra, a que todo pueblo civilizado deber rendir cariñoso y reverente culto! Lean nuestros jóvenes las páginas embalsamadas de Caicedo Rojas, que deberían ser populares, si hubiera aquí, de verdad, gusto literario; y sigan por ese camino que conduce a la gloria.

Hay antecedentes que obligan por ser honrosos para una nación. No es indiferente que naciera en Bogotá Rufino José Cuervo, uno de los más ilustres filólogos de la raza española; ni que aquí hayan dado sus enseñanzas Caro y González Manrique, Uricoechea y Suárez. Con justicia pudo decirse que la doctrina de Bello había tenido mejores intérpretes en Colombia que en Venezuela y en Chile: ahí están las obras gramaticales de Marroquín e Isaza, Guzmán y Marulanda y otros muchos. Esta propaganda dió sus frutos y de ahí la fama de corrección de que han gozado los escritores colombianos. Hoy podría darse esa tradición filológica por olvidada, si no viéramos publicaciones como *La llave del griego* del P. Félix Restrepo, autor también de un precioso tratado de semántica, y si no se estuviera formando, bajo una disciplina

verdaderamente científica, Manuel José Casas, nieto de González Manrique, el cual promete ser un prodigio como lingüista (1). En América hay muchos sabios que se ocupan en estas materias, especialmente en lo relacionado con las lenguas indígenas y los provincialismos; y se publican trabajos como la obra monumental *Diccionario de chilenismos* del doctor Román. Es preciso que no se quede atrás el país que se honra con aquel libro de oro titulado *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

Con placer anotamos que los estudios históricos tienen hoy grande atractivo para la juventud. La Academia Nacional de Historia es un centro benemérito de la patria, y sus trabajos son cada día de mayor valor. Hay allí veteranos que tienen en su haber obras de alto mérito, como Restrepo Tirado, Ibáñez, Posada, León Gómez, Henao y Arrubla; y fuera de ellos, unos cuantos jóvenes que estudian y trabajan con patriotismo, inteligencia y decisión. Allí están Luis Augusto Cuervo y Nicolás García Zamudio; José María Restrepo y Fabio Lozano y Lozano, Cortázar, Durán y Villaveces, etc., y descollando, en puesto preeminente, Raimundo Rivas, uno de los más vigorosos talentos y de los trabajadores más afor-

(1) El ilustrado sacerdote doctor Héctor Hernández acaba de publicar un precioso y utilísimo libro titulado *El latín enseñado como lengua viva*. (N. del A.)

tunados de la generación juvenil. Conocen ellos los modernos métodos que sigue la historia en los pueblos cultos; se han formado en una severa disciplina; en el estudio de nuestros pocos explorados archivos; se han encariñado con la época de la guerra magna, con las grandes figuras de la antigua Colombia; y saben que la verdadera historia, para distinguirse de los trabajos del puro analista, requiere el auxilio del arte literario. Quienes se han educado en el estudio de las magnas obras de Taine y de Sorel, de Houssaye y de Vandal, no ignoran que fueron hechas sobre los sólidos cimientos de una investigación minuciosa y de primera mano, que dió consistencia a tan elegantes y vastas construcciones. La escrupulosidad del erudito en nada perjudica a la labor del artista. Es de esperarse que la activa elaboración que hoy se advierte dé al fin por resultado, no solamente monografías y estudios aislados, sino una obra fundamental, digna de ponerse al lado de las de Baralt, González Suárez, Alamán y Barros Arana. Con graves dificultades tropieza el que quiera consagrarse aquí a la realización de una obra de grande empeño: en ninguna parte el investigador tiene que ejecutar por sí solo mayor cantidad de trabajos preliminares, empezando por orientarse en el dedalo de los archivos; y la lucha por la vida urge a los más de nuestros historiógrafos, es torba la continuidad de sus labores y distrae

tunados de la generación juvenil. Conocen ellos los modernos métodos que sigue la historia en los pueblos cultos; se han formado en una severa disciplina; en el estudio de nuestros pocos explorados archivos; se han encariñado con la época de la guerra magna, con las grandes figuras de la antigua Colombia; y saben que la verdadera historia, para distinguirse de los trabajos del puro analista, requiere el auxilio del arte literario. Quienes se han educado en el estudio de las magnas obras de Taine y de Sorel, de Houssaye y de Vandal, no ignoran que fueron hechas sobre los sólidos cimientos de una investigación minuciosa y de primera mano, que dió consistencia a tan elegantes y vastas construcciones. La escrupulosidad del erudito en nada perjudica a la labor del artista. Es de esperarse que la activa elaboración que hoy se advierte dé al fin por resultado, no solamente monografías y estudios aislados, sino una obra fundamental, digna de ponerse al lado de las de Baralt, González Suárez, Alamán y Barros Arana. Con graves dificultades tropieza el que quiera consagrarse aquí a la realización de una obra de grande empeño: en ninguna parte el investigador tiene que ejecutar por sí solo mayor cantidad de trabajos preliminares, empezando por orientarse en el dedalo de los archivos; y la lucha por la vida urge a los más de nuestros historiógrafos, es torba la *continuidad de sus labores* y *distrac*

su mente a ocupaciones de carácter práctico. Pero estos obstáculos hacen más meritorio el esfuerzo y harán más brillante el triunfo: hay que vencer! debe ser la enseña de nuestra *juventud estudiosa*.

De grande utilidad sería una crítica autorizada, que sirviera de estímulo y de freno, y que, estableciendo oportunas comparaciones, diera a la producción nacional la importancia que realmente tenga, sin entusiasmos pueriles ni desalentadores desdenes. Pero la crítica no puede ejercerse por inspiración espontánea, ni debe limitarse al estrecho círculo de lo presente: necesita un criterio histórico que la fundamente, y que evite la exageración con que suelen estimarse por los espíritus impresionables las exhibiciones de la moda. De aquí los errores de apreciación de que han sido víctimas los que queriendo prescindir sistemáticamente de lo pasado, se han cerrado toda perspectiva y han convertido en gigantes a ídolos del día, cuyas dimensiones reducirá mucho la posteridad. No negamos que es difícil y escasa esa crítica de doble faz, que estudia con amor lo que fué y explora con ojo avizor lo que va trayendo el paso renovador del tiempo; pero no hay otra que sea digna de ese magisterio. Es la que ejerció Brunetière, idólatra de la literatura clásica del gran siglo francés y benévolo apreciador de ciertas manifestaciones del simbolismo; la que cultivó Valera, espíritu educado en el más alto helenismo y encomiador del

Azul de Rubén Darío, cuando éste apenas iniciaba su carrera. Aquí se necesita entrar en comunicación estrecha con la juventud, darse cuenta de sus tendencias y aspiraciones, *impulsarlas por camino amplio y seguro; y aplaudir sin reserva todo esfuerzo bien encaminado, toda manifestación auténtica de talento, reprimiendo con severidad inexorable todo movimiento de envidia. Porque hay que decir la verdad: la envidia es vicio que estereliza aquí muchas buenas disposiciones; y que desgraciadamente se manifiesta aun en personalidades que tienen méritos bastantes para lucir por sí solas, sin temor a la competencia de otros rivales. Parece como si la obra que un joven ejecuta significara un robo hecho a la riqueza por otros acumulada; y hay quien se goza con el fracaso de nobles aspiraciones; con las dificultades que encuentra el que da los primeros y trabajosos pasos por la senda del arte, con los sarcasmos y los epigramas que suelen ser único premio de arduas y desinteresadas labores. No proceden así las almas verdaderamente superiores: ellas están prontas a prodigar el estímulo y el aplauso. Tal fué la conducta de nuestros grandes maestros de otra época, tal es la de los hombres ilustres que aún nos quedan. Pero como el germen del vicio existe, conviene exhibirlo en su repugnante fealdad, para su corrección y enmienda.*

Es peligroso tratar de ejercer de profetas;

Azul de Rubén Darío, cuando éste apenas iniciaba su carrera. Aquí se necesita entrar en comunicación estrecha con la juventud, darse cuenta de sus tendencias y aspiraciones, impulsarlas por camino amplio y seguro; y aplaudir sin reserva todo esfuerzo bien encaminado, toda manifestación auténtica de talento, reprimiendo con severidad inexorable todo movimiento de envidia. Porque hay que decir la verdad: la envidia es vicio que estereliza aquí muchas buenas disposiciones; y que desgraciadamente se manifiesta aun en personalidades que tienen méritos bastantes para lucir por sí solas, sin temor a la competencia de otros rivales. Parece como si la obra que un joven ejecuta significara un robo hecho a la riqueza por otros acumulada; y hay quien se goza con el fracaso de nobles aspiraciones; con las dificultades que encuentra el que da los primeros y trabajosos pasos por la senda del arte, con los sarcasmos y los epigramas que suelen ser único premio de arduas y desinteresadas labores. No proceden así las almas verdaderamente superiores: ellas están prontas a prodigar el estímulo y el aplauso. Tal fué la conducta de nuestros grandes maestros de otra época, tal es la de los hombres ilustres que aún nos quedan. Pero como el germen del vicio existe, conviene exhibirlo en su repugnante fealdad, para su corrección y enmienda.

Es peligroso tratar de ejercer de profetas;

pero tal vez no se equivoque quien prediga que esta horrenda conmoción de la guerra europea, que ha llevado a su grado máximo de desarrollo todas las energías, hará desaparecer esa literatura nebulosa, incoherente y enfermiza, de que tanto se abusó en Francia y por remedo de Francia en todas partes; y que uno de los mejores periodistas de ese país, Arturo Meyer, consideraba, en artículo publicado en el *Gaulois* a los comienzos de la guerra, como fruto natural del desastre del setenta, que de tan seria manera conmovió el espíritu francés. Parece imposible que después de esta guerra, en que están en lucha los intereses vitales de las más ilustres nacionalidades, la literatura y el arte no se impregnen más profundamente del jugo nacional, no arraiguen, de modo más firme, en la tradición que les ha dado su secular grandeza y majestad; y no aspiren a realizar, en vez de concepciones herméticas, cuya llave solo poseen pequeños cenáculos de iniciados, un ideal más grande y más humano que eduque y vigorice al pueblo e infunda sangre nueva en sus venas. De manera análoga la literatura colombiana debe aspirar a realizar una obra verdaderamente nacional, que sin desligarse de las influencias europeas, exprese el alma de este pueblo y las aspiraciones de la raza. Estamos en un momento solemne en que Colombia tiene la obligación de afirmar enérgicamente ante el mundo su personalidad, de realizar la unión estrecha de todos sus ele-

mentos para hacer frente al embate de fuerzas extrañas y conquistar, de manera definitiva, el puesto que le corresponde en el mundo americano. En todos los campos de la actividad intelectual, en la poesía y en la novela, en la historia y en el teatro, en la oratoria y en las ciencias políticas, cabe expresar las modalidades del genio patrio, sin que las obras dejen de llevar impreso el sello de la mente que las concibió, del artista que les dió forma. Esa literatura, para expresar el alma colombiana, debe unir, en alianza estrecha, la tendencia tradicional religiosa y ese espíritu de curiosidad científica y de libertad intelectual que aparece aquí desde los tiempos de Caldas y Nariño; el respeto a la herencia española y castiza y el amor a la independencia política y a la autonomía de criterio, en cuanto atañe al interés nacional. Estamos, con relación a España, como ésta lo estuvo respecto de Roma: Viriato resistió a la dominación extranjera, pero la literatura latina fué enriquecida por los Sénecas y Lucanos; igualmente, nuestros próceres lucharon contra la dominación política de España; pero Bello y Baralt, Caro y Cuervo y muchos más han contribuído eficazmente al embellecimiento y al esplendor de la lengua y la literatura castellanas.

Hoy mismo nuestra contribución no es despreciable, pues no son muchos los países americanos que puedan citar, entre otros nom-

mentos para hacer frente al embate de fuerzas extrañas y conquistar, de manera definitiva, el puesto que le corresponde en el mundo americano. En todos los campos de la actividad intelectual, en la poesía y en la novela, en la historia y en el teatro, en la oratoria y en las ciencias políticas, cabe expresar las modalidades del genio patrio, sin que las obras dejen de llevar impreso el sello de la mente que las concibió, del artista que les dió forma. Esa literatura, para expresar el alma colombiana, debe unir, en alianza estrecha, la tendencia tradicional religiosa y ese espíritu de curiosidad científica y de libertad intelectual que aparece aquí desde los tiempos de Caldas y Nariño; el respeto a la herencia española y castiza y el amor a la independencia política y a la autonomía de criterio, en cuanto atañe al interés nacional. Estamos, con relación a España, como ésta lo estuvo respecto de Roma: Viriato resistió a la dominación extranjera, pero la literatura latina fué enriquecida por los Sénecas y Lucanos; igualmente, nuestros próceres lucharon contra la dominación política de España; pero Bello y Baralt, Caro y Cuervo y muchos más han contribuído eficazmente al embellecimiento y al esplendor de la lengua y la literatura castellanas.

Hoy mismo nuestra contribución no es despreciable, pues no son muchos los países americanos que puedan citar, entre otros nom-

bres ilustres, los de un escritor clásico como Marco Fidel Suárez, de un pensador como Rafael M. Carrasquilla, de un poeta como Guillermo Valencia, de un publicista internacional como Santiago Pérez Triana, de un conocedor profundo de las literaturas extranjeras como Sanín Cano, de oradores como Cortés Lee, Concha y Esguerra; además de muchos hombres de ciencia, varios de ellos de gran renombre, pero cuyos estudios no pueden ser juzgados por pluma profana como la nuestra. Finalmente, nuestro periodismo, si bien es cierto que tiene menos radio de acción y menos elementos que el de otras Repúblicas, forma un cuerpo respetable por el número y la calidad de sus escritores; y sin lisonja puede decirse que nuestras revistas no desmerecen de las mejor servidas de América, que la prensa diaria está escrita con una corrección desusada en estos países y con frecuencia publica artículos de la más elegante factura literaria.

Los buenos elementos que existen y cuya importancia nos hemos complacido en reconocer, adquirirían mayor eficacia si el público les prestara activa cooperación, dando más fuerte resonancia a las manifestaciones de la literatura y el arte, como ocurre en los países donde la labor intelectual halla la debida recompensa. No puede negarse que aquí los escritores suelen vivir en desesperante monólogo y que las más felices iniciati-

vas quedan sin resultado, porque el público no corresponde a ellas, ya sea con sus aplausos, ya con sus atinadas observaciones. Uno de los mayores placeres para el pensador o para el artista consiste en que sus ideas y concepciones vayan a iluminar otros cerebros, a hacer palpar otros corazones, a fecundar gérmenes que quizá sin este influjo habrían permanecido inertes. La voz que clama en el desierto al cabo se debilita y se extingue. No se trata del provecho material que en otros países premia con generosidad soberana los éxitos intelectuales: aquí nadie ha pensado en vivir de su pluma, y menos que nadie los poetas. Se trata de algo más noble y elevado, más digno de los antecedentes de este país; esto es, de que el escritor halle abiertas las puertas de la comprensión y de la simpatía; que se estime la dignidad de su esfuerzo, y tenga la satisfacción de comprobar que su nombre no es un eco vano, pues sus compatriotas, si no lo han recompensado, por lo menos lo han entendido. Y para los espíritus altos, con esto basta...

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

vas quedan sin resultado, porque el público no corresponde a ellas, ya sea con sus aplausos, ya con sus atinadas observaciones. Uno de los mayores placeres para el pensador o para el artista consiste en que sus ideas y concepciones vayan a iluminar otros cerebros, a hacer palpitar otros corazones, a fecundar gérmenes que quizá sin este influjo habrían permanecido inertes. La voz que clama en el desierto al cabo se debilita y se extingue. No se trata del provecho material que en otros países premia con generosidad soberana los éxitos intelectuales: aquí nadie ha pensado en vivir de su pluma, y menos que nadie los poetas. Se trata de algo más noble y elevado, más digno de los antecedentes de este país; esto es, de que el escritor halle abiertas las puertas de la comprensión y de la simpatía; que se estime la dignidad de su esfuerzo, y tenga la satisfacción de comprobar que su nombre no es un eco vano, pues sus compatriotas, si no lo han recompensado, por lo menos lo han entendido. Y para los espíritus altos, con esto basta...

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

(*Cuba Contemporánea*. Habana.)

Poesías de Eugenio de Castro

VILLANCICO

*Cuando iban a la India naves,
si eran cien las que zarpaban,
veinte, apenas, regresaban....*

*Al regresar, opulentas,
con gemas, oros y platas,
las apresaban piratas,
las destrozaban tormentas;
y al fin de luchas cruentas,
si eran cien las que zarpaban,
veinte, apenas, regresaban.*

*Fiado en vuestra clemencia,
os mandé naves de anhelo,
señora del rubio pelo,
martirio de mi existencia;*

*en muelles de la paciencia
mis días se deslizaban,
mas las naves no tornaban....*

*Vi entre las ondas aviesas
de tu desdén, destrozadas
mis naves, más desgraciadas
que las naves portuguesas;
que en tan violentas empresas
muchas veces se encontraban,
pero algunas regresaban....*

LA CAMISA DE XANTHO

*Nadie fué más dichosa que yo, en tanto
de Xantho el lindo cuerpo acariciaba;
solo cuando a la pila me mandaba
triste corría mi copioso llanto.*

*Mas en breve volvía junto a Xantho
y la dicha de nuevo me embargaba;
por nadie me trocara si besaba
su cuello fino, de abrileno encanto.*

*en muelles de la paciencia
mis días se deslizaban,
mas las naves no tornaban....*

*Vi entre las ondas aviesas
de tu desdén, destrozadas
mis naves, más desgraciadas
que las naves portuguesas;
que en tan violentas empresas
muchas veces se encontraban,
pero algunas regresaban....*

LA CAMISA DE XANTHO

*Nadie fué más dichosa que yo, en tanto
de Xantho el lindo cuerpo acariciaba;
solo cuando a la pila me mandaba
triste corría mi copioso llanto.*

*Mas en breve volvía junto a Xantho
y la dicha de nuevo me embargaba;
por nadie me trocara si besaba
su cuello fino, de abriteño encanto.*

¡Pobre camisa! ¡Llora, pues perdiste
 tus más encantadoras alegrías!
 ¡Qué inconsolable tu desgracia aguda!
 ¡Ha tres días que Xantho no te viste!
 ¡Entre los brazos de Antenor, tres días
 y tres noches, viviendo está desnuda!

EL DILUVIO

Hace ya muchos días, hace ya muchas noches,
 que fervidos volcanes y furiosos torrentes
 hacen de sus estruendos fragorosos derroches
 al rutilar de múltiples relámpagos ardientes.

Praderas y vergeles, huertos, viñedos, matas,
 todo desaparece al rudo rebasar
 de constantes, hostiles, furiosas cataratas
 que convierten la tierra en un inmenso mar.

A flor del mar sombrío, con verdor de gangrenas,
 donde hombres y leones flotan agonizantes,
 imprecando, furiosos de horror, yérguense apenas,
 cual monstruos colosales, las montañas gigantes.

Y he aquí que ululando los hombres como fieras,
 se amontonan en trágicas, informes muchedumbres;
 el mar sube; el mar crece; varones y panteras,
 criaturas y reptiles, avanzan a las cumbres.

Los fuertes sin piedad que dome sus anhelos,
 arrollan en su marcha a los viejos cansados,
 y las madres, crueles, tiran sus pequeñuelos,
 que los que van detrás pisan alucinados.

Un siniestro pavor que crece sofocante,
 desorienta y asfixia al turbión que no cede,
 se oyen gritos de horror, y el que marcha delante
 arroja piedras sobre aquel que le precede.

Cornea el toro intrépido, a míseros humanos
 que le estorban el paso en aligera ola,
 y por el negro espacio águilas y milanos
 huyen, con vivo horror, de aquella batahola.

Invaden las tinieblas el cóncavo horizonte,
 crece el océano y muge con rabias cavernosas,
 y las ondas que trepan por los picos del monte
 en cada asalto escupen mil víctimas llorosas.

En los más altos montes los oleajes fieros,
 silbantes entrechocan con golpes iracundos,
 esplenden rayos mil en ígneos aguaceros
 y graznadores cuervos devoran moribundos.

Blasfemias, maldiciones, se elevan a porfía;
 al azote del rayo se enfurece el turbión;
 cada aullido del agua delata una agonía,
 cada burbuja estalla en una imprecación.

Crece el mar, sube el mar y devora rugiente
 de los más altos montes el picacho nevado,
 y en un tremendo trueno aplaude a la ola hirviente

*Los fuertes sin piedad que dome sus anhelos,
arrollan en su marcha a los viejos cansados,
y las madres, crueles, tiran sus pequeñuelos,
que los que van detrás pisan alucinados.*

*Un siniestro pavor que crece sofocante,
desorienta y asfixia al turbión que no cede,
se oyen gritos de horror, y el que marcha delante
arroja piedras sobre aquel que le precede.*

*Cornea el toro intrépido, a míseros humanos
que le estorban el paso en alígera ola,
y por el negro espacio águilas y milanos
huyen, con vivo horror, de aquella batahola.*

*Invaden las tinieblas el cóncavo horizonte,
crece el océano y muge con rabias cavernosas,
y las ondas que trepan por los picos del monte
en cada asalto escupen mil víctimas llorosas.*

*En los más altos montes los oleajes fieros,
silbantes entrechocan con golpes iracundos,
esplenden rayos mil en ígneos aguaceros
y graznadores cuervos devoran moribundos.*

*Blasfemias, maldiciones, se elevan a porfía;
al azote del rayo se enfurece el turbión;
cada aullido del agua delata una agonía,
cada burbuja estalla en una imprecación.*

*Crece el mar, sube el mar y devora rugiente
de los más altos montes el picacho nevado,
y en un tremendo trueno aplaude a la ola hirviente*

que arrastra, despeñándose, al postrer condenado.

Crece el mar, sube el mar, que ya raya el albor
del cielo y arrastrado por la ventisca fuerte,
salpica con su espuma el rostro del Señor,
que le encuentra un sabor nauseabundo, de muerte.
Crece el mar, sube el mar... Cada ola es una torre,
que a Dios mismo en el cielo melancólico pasma,
y por los oleajes alborotados corre
el Arca de Noé cual Navío-Fantasma.

Traducciones de MIGUEL PELAYO

(España, Madrid.)

Hombre contra hombre

ENTRE las varias tribus que poblaban el hermoso territorio que hoy forma la República Oriental, los Guaraníes ocupaban un lugar prominente, aunque en guerra abierta con los Charrúas y los Mamelucos del Brasil, sus implacables perseguidores, que les daban caza como a bestias feroces, los herraban y vendían por esclavos.

En una de las muchas invasiones de éstos, los Guaraníes, confederados, habían reunido un poderoso ejército y estaban acampando en las inmediaciones del Uruguay.

Las reyertas y rivalidades, tan comunes entre los caciques guaraníes, ocasionaron un rompimiento, y próximos a venir a las manos, cada uno se retiró con su gente donde mejor le pareció.

Uno de los caciques, Guaymirán, el que contaba mayor número de combatientes, logró vadear el río y se guareció en la vecina selva.

Los demás, formando alas paralelas, marcharon hacia el norte.

El enemigo, que asechaba sus movimientos, cuando los vió divididos y bastante lejos unos

Hombre contra hombre

ENTRE las varias tribus que poblaban el hermoso territorio que hoy forma la República Oriental, los Guaraníes ocupaban un lugar prominente, aunque en guerra abierta con los Charrúas y los Mamelucos del Brasil, sus implacables perseguidores, que les daban caza como a bestias feroces, los herraban y vendían por esclavos.

En una de las muchas invasiones de éstos, los Guaraníes, confederados, habían reunido un poderoso ejército y estaban acampando en las inmediaciones del Uruguay.

Las reyertas y rivalidades, tan comunes entre los caciques guaraníes, ocasionaron un rompimiento, y próximos a venir a las manos, cada uno se retiró con su gente donde mejor le pareció.

Uno de los caciques, Guaymirán, el que contaba mayor número de combatientes, logró vadear el río y se guareció en la vecina selva.

Los demás, formando alas paralelas, marcharon hacia el norte.

El enemigo, que asechaba sus movimientos, cuando los vió divididos y bastante lejos unos

de otros, cayó sobre ellos y los fué batiendo en detalle.

Los que escaparon de aquella espantosa carnicería, anduvieron tres días y tres noches vagando por los montes, perseguidos siempre por los Mamelucos, hasta que, muertos de hambre y de frío, pudieron llegar a las márgenes del Uruguay, favorecidos por la oscuridad de la noche.

Estaba muy crecido el río y había vara y media de agua sobre el paso, que era un estrecho banco de arena. La fuerza de la corriente ponía espanto, y los vaqueanos declararon que era imposible pasar.

Los fugitivos, cuyo número crecía por instantes, llegaban, y al ver a sus compañeros detenidos por aquel obstáculo insuperable, se sentaban tristemente a la orilla del río, escondiendo la cabeza entre sus manos.

Empezó a despuntar el alba y a divisarse en lontananza, en la cumbre de las lejanas cuchillas, las hordas de los Mamelucos, que husmeaban su presa. Las mujeres y los niños rompieron en sollozos y gemidos. Algunos hombres corrieron instintivamente hacia la orilla, pero al tocarla, retrocedieron amedrentados por el imponente espectáculo que ofrecía el Uruguay desbordado.

Un joven, alto, robusto, de vigorosa musculatura y excelente nadador, detúvose únicamente, y, confiado en su destreza y en sus nervios de acero, se precipitó en el río.

Otros y otros le siguieron.

Lucharon un momento.... pero debilitados por el cansancio y la falta de alimentos, remolinearon, y describiendo un ancho círculo, desaparecieron arrebatados por la corriente.

Poco después, sus cadáveres flotaban sobre las olas. Horrible desesperación se apoderó del alma de los Guaraníes, y de nuevo los niños y mujeres ensordecieron el aire con sus alaridos.

Los que se encontraban seguros en la selva, acudieron al tumulto desde la orilla opuesta, y una sonrisa satánica iluminó el pálido rostro del vengativo Guaymirán, que capitaneaba aquella tribu, la única que se había salvado del desastre general.

En esto un grito formidable retumbó en el espacio como el sordo rugido del trueno: los enemigos acababan de divisar a los dispersos. — ¡Protegednos, hermanos! — gritó un anciano adivino, dirigiéndose a sus antiguos compañeros;—los Mamelucos, después de degollarnos pasarán el río mañana y harán lo mismo con vosotros.

El cacique pareció reflexionar, y un murmullo de compasión se levantó entre su tribu.

Las mujeres, los niños y los heridos les tendieron sus brazos.

El sol rompió las densas nubes que lo envolvían y trepó lentamente por el horizonte iluminando con rayos de fuego aquella escena desgarradora.

—Sí, es preciso salvarlos—exclamó un joven

Otros y otros le siguieron.

Lucharon un momento.... pero debilitados por el cansancio y la falta de alimentos, remolinearon, y describiendo un ancho círculo, desaparecieron arrebatados por la corriente.

Poco después, sus cadáveres flotaban sobre las olas. Horrible desesperación se apoderó del alma de los Guaraníes, y de nuevo los niños y mujeres ensordecieron el aire con sus alaridos.

Los que se encontraban seguros en la selva, acudieron al tumulto desde la orilla opuesta, y una sonrisa satánica iluminó el pálido rostro del vengativo Guaymirán, que capitaneaba aquella tribu, la única que se había salvado del desastre general.

En esto un grito formidable retumbó en el espacio como el sordo rugido del trueno: los enemigos acababan de divisar a los dispersos. — ¡Protegednos, hermanos! — gritó un anciano adivino, dirigiéndose a sus antiguos compañeros;—los Mamelucos, después de degollarnos pasarán el río mañana y harán lo mismo con vosotros.

El cacique pareció reflexionar, y un murmullo de compasión se levantó entre su tribu.

Las mujeres, los niños y los heridos les tendieron sus brazos.

El sol rompió las densas nubes que lo envolvían y trepó lentamente por el horizonte iluminando con rayos de fuego aquella escena desgarradora.

—Sí, es preciso salvarlos—exclamó un joven

entusiasta;—caerá sobre nosotros la maldición de Dios y el desprecio de los hombres, si no lo hacemos.

Unidos somos invencibles, tornó a decir el adivino: pero aislados y hostiles seremos la presa y el escarnio de las tribus más despreciables.

Guaymirán levantó los ojos al astro, símbolo de su común creencia, y herido en las pupilas por su luz irresistible sacudió su larga cabellera como si quisiese arrojar de sí los malos pensamientos que le dominaban, y volviéndose rápidamente al viejo adivino, le gritó:

—Que cien hombres de los más fuertes, enlazadas las manos con las manos, hombro contra hombro, se adelanten en línea recta sobre el banco hasta la mitad del río. Nosotros haremos lo mismo y formaremos así un estrecho canal que sirva de tránsito a los débiles, y de invencible barrera a la pujanza del río.

Así lo ejecutaron, y entonces, a favor de aquella muralla de pechos humanos, asegurándose en ella, el resto de los fugitivos pasó y trasladó a la otra orilla a los niños, a los heridos y a las mujeres.

Cuando llegó el feroz mameluco encontró la playa desierta; pero confiado en que bajase el río, sentó allí su campamento.

Los Guaraníes derrotados ganaron la selva, comieron y durmieron tranquilos esa noche, y, restablecidos de sus fatigas, en la madrugada del siguiente día, aliados con la numerosa

falange de Guaymirán, sorprendieron a los Mamelucos y no dejaron uno solo con vida. Pueblos del río de la plata y de la América española, partido que por diversas sendas perseguís un mismo ideal, el imperio de las instituciones, el bien, la felicidad de la patria, imitad en la buena como en la mala fortuna el proceder de Guaymirán: unidos sois invencibles, pero aislados y hostiles, seréis la presa y el escarbio de la más despreciable tribu.

A. MAGARIÑOS CERVANTES

falange de Guaymirán, sorprendieron a los Mamelucos y no dejaron uno solo con vida.

Pueblos del río de la plata y de la América española, partido que por diversos senderos perseguís un mismo ideal, el imperio de las instituciones, el bien, la felicidad de la patria, imitad en la buena como en la mala fortuna el proceder de Guaymirán: unidos sois invencibles, pero aislados y hostiles, sereis la presa y el escarbido de la más despreciable tribu.

A. MAGARINOS CERVANTES

PROPIEDAD DE LA BIBLIOTECA
DEL
BANCO NACIONAL DE COSTA RICA

L. NAVARRA — *Curso de Lengua y Literatura Castellana*.
FRANCISCO GONZÁLEZ DE LOS RÍOS — *Ensayos sobre el idioma*.
R. ALTAMIRA — *Filosofía de la Historia y Teoría de la Literatura*.
MILTON. *De educación*. Traducción del inglés, por Tomás Navarro

CLASICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

- SANTA TERESA — *Las Moradas*. Por don Tomás Navarro.
TIRSO DE MOLINA — *Teatro*. Por D. Américo Castro.
GARCILASO — *Obras*. Por D. Tomás Navarro.
CERVANTES — *Don Quijote de la Mancha*. Por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (3 vols.)
QUEVEDO — *Vida del Buscón*. Por D. Américo Castro.
TORRES VILLARROEL — *Vida*. Por D. Federico de Onís.
DUQUE DE RIVAS — *Romances*. Por D. Cipriano Rivas Cherif. (2 vols.)
B^o JUAN DE AVILA — *Epistolario Espiritual*. Por D. Vicente García de Diego.
ARCIPRESTE DE HITA — *Libro de Buena Amor*. Por D. Julio Cejador (2 vols.)
GUILLÉN DE CASTRO — *Las mocedades de Cid*. Por D. Vicente Sainz Arnedo.
MARQUES DE SANTILLANA — *Canciones y Decires*. Por Vicente García de Diego.
FERNANDO DE ROJAS — *La Celestina*. Por D. Julio Cejador (2 vols.)
VILLEGAS — *Éróticas o amorosas*. Por D. Narciso Alonso Cortés.
POEMA DE MIO CID. Por D. Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española.
LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES. Por D. Julio Cejador.
FERNANDO DE HERRERA. — *Poesías*. Prólogo y notas por D. Vicente García de Diego.
CERVANTES — *Novelas ejemplares*. Prólogo y notas por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española.
FR. LUIS DE LEÓN — *De los nombres de Cristo*. Tomo I. Por D. Federico de Onís.
FR. ANTONIO DE GUEVARA — *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Edición y notas de M. Martínez de Burgos.
NIEREMBERG — *Epistolario*. Por D. Narciso Alonso Cortés.
QUEVEDO — *Los sueños*. Tomo I. Por D. Julio Cejador.

H. NATORP. — *Curso de Pedagogía y Pedagogía social.* (2 vols.)
FRANCISCO GINER DE LOS RIOS. — *Ensayos sobre educación*
R. ALTAMIRA. — *Filosofía de la Historia y Teoría de la civilización*
MILTON. *De educación.* Traducción del inglés, por Natalia Cossi

CLASICOS CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS

SANTA TERESA — *Las Moradas.* Por don Tomás Navarro.
TIRSO DE MOLINA — *Teatro.* Por D. Américo Castro.
GARCILASO — *Obras.* Por D. Tomás Navarro.
CERVANTES — *Don Quijote de la Mancha.* Por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española. (8 vols.)
QUEVEDO — *Vida del Buscón.* Por D. Américo Castro.
TORRES VILLARROEL — *Vida.* Por D. Federico de Onís
DUQUE DE RIVAS — *Romances.* Por D. Cipriano Rivas Cher
(2 vols.)
P^o JUAN DE AVILA — *Epistolario Espiritual.* Por D. Vicente García de Diego
ARCIPRESTE DE HITA — *Libro de Buen Amor.* Por D. Julio Cejador (2 vols.)
GUILLÉN DE CASTRO — *Las mocedades de Cid.* Por D. Vicente Suid Armesto
MARQUES DE SANTILLANA — *Canciones y decires.* Por Vicente García de Diego.
FERNANDO DE ROJAS — *La Celestina.* Por D. Julio Cejador (2 vols.)
VILLEGAS — *Épicas o amorosas.* Por D. Narciso Alonso C
POEMA DE MIO CID. Por D. Ramón Menéndez Pidal, de la Real Academia Española.
LA VIDA DE LAZARILLO DE FORMES. Por D. Julio Cejador.
HERNANDO DE HERRERA. — *Poesías.* Prólogo y notas por D. Vicente García de Diego.
CERVANTES — *Novelas ejemplares.* Prólogo y notas por D. Francisco Rodríguez Marín, de la Real Academia Española.
FR. LUIS DE LEON — *De los nombres de Cristo.* Tomo I. Por D. Federico de Onís
FR. ANTONIO DE GUEVARA — *Menosprecio de corte y alabanza de aldea.* Edición y notas de M. Martínez de Burgos.
NIEREMBERG — *Epistolario.* Por D. Narciso Alonso Cortés
QUEVEDO — *Los sueños.* Tomo I. Por D. Julio Cejador.